



¡Proletarios de todos los países, uníos!

INTERNACIONAL COMUNISTA

REVISTA MENSUAL
ORGANO DEL C. P. E. DE LA
INTERNACIONAL COMUNISTA

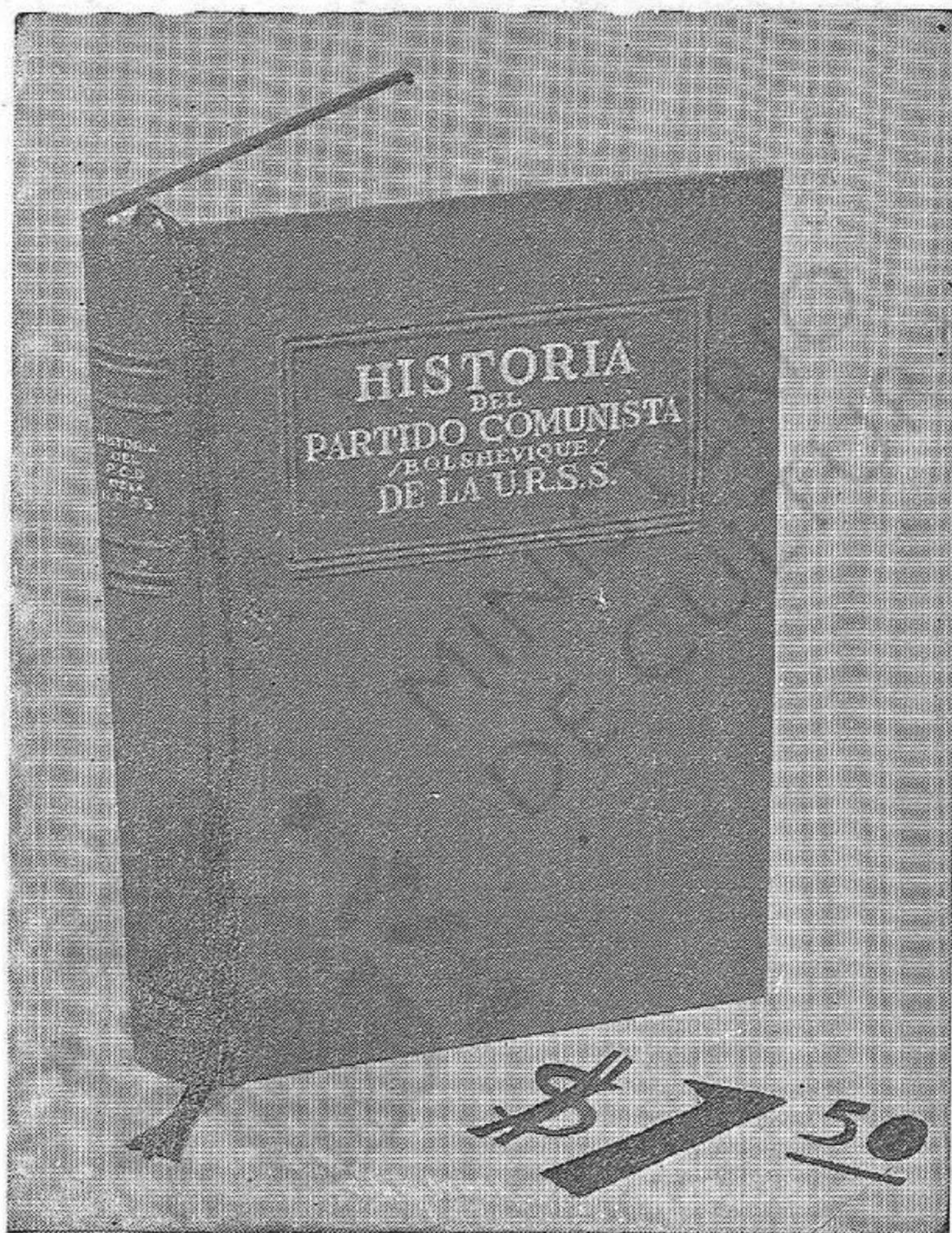
EN ESTE NUMERO:

**EL XXII ANIVERSARIO DE
LA GRAN REVOLUCION
SOCIALISTA DE OCTUBRE**

**LAS TRANSFORMACIONES
DEL SOCIALDEMOCRATISMO**

P. WIEDEN

El Libro más Importante de los Ultimos Tiempos



UNA OBRA TEORICAMENTE FUNDAMENTAL

P E D I D O S A :

Fondo de Cultura Popular, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Organo del Comité Ejecutivo de la
Internacional Comunista

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

EDITOR: Profesor Ramón Berzunza Pinto

AÑO VIII

NOVIEMBRE, 1940

No. 11

SUMARIO

EDITORIAL

El XXII Aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre..... **Página**
3

CUESTIONES TEORICAS Y PRACTICAS DEL MOVIMIENTO OBRERO

G. LANDE: El Pueblo Soviético en Cifras..... 18
A. TREWAL: El Socialismo Como Vehículo de la Cultura..... 26
P. WIEDEN: Las Transformaciones del Socialdemocratismo 39

GUESTIONES DEL LENINISMO

EL MARXISMO Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL

Dos volúmenes en los cuales se recoge la mayor parte de la obra del gran líder del proletariado mundial, realizador del socialismo en la sexta parte de la tierra, al frente del Partido de Lenin: el Partido Bolchevique de la Unión Soviética:

J O S E S T A L I N

Las personas interesadas en el estudio de los fundamentos del marxismo-leninismo encontrarán en estos dos volúmenes una guía inapreciable para la comprensión y análisis de los problemas vinculados con el movimiento obrero internacional.

CUESTIONES DEL LENINISMO, un libro empastado, de 728 páginas, al precio de \$ 4.00

EL MARXISMO Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL, rústica, 308 páginas, al precio de \$ 2.00

Pedidos a:

Fondo de Cultura Popular, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

EDITORIAL

El XXIII Aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre

Hace veintitres años comenzó una nueva era en la historia de la Humanidad: Bajo la dirección del Partido de **Lenin** y **Stalin**, los obreros rusos, unidos a los campesinos y con ayuda de los soldados y marineros, derrocaron el dominio de los capitalistas y de los terratenientes, instauraron el poder soviético y sentaron de este modo las bases para una nueva sociedad socialista en una sexta parte del mundo.

La gran Revolución Socialista de Octubre estalló en el cuarto año de la primera guerra imperialista mundial. El reflejo de esta guerra sobre la vida de los pueblos, sobre la vida de las clases y de los individuos, fué tremendo. La guerra imperialista exacerbó hasta el extremo todas las contradicciones de la vieja sociedad podrida, las apretó en nudos sangrientos, en nudos corredizos, que estrangulaban a la humanidad. Y he aquí que la espada de la gran Revolución Socialista de Octubre vino a cortar estos nudos.

La revolución victoriosa de Octubre sacó al país de la guerra imperialista. Las consecuencias de la guerra mundial fueron aterradoras: millones de muertos y heridos, países enteros destruidos y asolados, el hambre en el frente y en la retaguardia, los horrores de un nuevo invierno de guerra en la puerta. ¿Cómo salir de este invierno? Esto se preguntaban cada vez de un modo más apremiante, millones y millones de soldados, de obreros, de campesinos, de pueblos enteros, especialmente, los atormentados pueblos de la Rusia de entonces, de la Rusia de los capitalistas y de los terratenientes. No faltaban profetas que decían a las masas que, para salir de aquella guerra maldita, no había otro camino que "la perseverancia hasta la victoria final", lo cual significaba sacrificar más riquezas, más sangre y más vidas a la mayor honra y provecho de "sus" imperialistas. También había no pocos charlatanes que querían hacer creer a los pueblos que era posible, "por la persuasión", obligar a los imperialistas beligerantes a renunciar a todos sus objetivos de conquista y a concluir una "paz justa". Sólo los bolcheviques declaraban incansablemente: "Los países no podrán escapar del nudo corredizo de la guerra imperialista sino cuando el poder esté en manos de una clase nueva, de la clase de los proletarios, clase que, por su situación social, no tiene ningún interés en las conquistas imperialistas". Y, de este modo, Rusia pudo romper la cadena del imperialismo y salir de la guerra imperialista, porque la mayoría del pueblo ruso abandonó a los mencheviques y social-re-

4

volucionarios y emprendió con decisión el camino preconizado por los bolcheviques.

El derrocamiento del poder de los capitalistas y terratenientes y el establecimiento del poder soviético salvaron el país de la catástrofe. Más de tres años de guerra, las derrotas en los frentes, la absoluta incapacidad de los mandos militares y civiles, la codicia ilimitada de las clases dominantes y la corrupción y la podredumbre sin medida del aparato del Estado, desorganizaban desde sus cimientos toda la vida económica, el frente y la retaguardia, y exponían al país a un cataclismo de hambre. Estas consecuencias de un régimen envilecido hasta el extremo eran acentuadas todavía más por el sabotaje consciente de la burguesía, de la burocracia y de los generales que luchaban por ahogar en el caos la fuerza revolucionaria de las masas. Por esto, las clases dominantes se ponían también al servicio del enemigo, con el que conspiraban en secreto y al que traidoramente estaban dispuestas a entregar importantes centros del proletariado revolucionario y posiciones militares estratégicas. Esta política de hambre, caos, catástrofe, traición e invasión extranjera sólo podía ser terminada a la manera bolchevique: derrocando a la pandilla venal de los capitalistas y terratenientes y haciendo pasar todo el poder a manos de los soviets. Sabido es que había gentes que recomendaban a las masas una trayectoria contraria: dejar en los puestos de mando a la burguesía y a los terratenientes organizadores del caos, de la ruina, del hambre y de la invasión y reducir el papel de los soviets en la adopción de resoluciones de gobierno. Pero es sabido también que la mayoría del pueblo ruso, en última instancia, no prestó oídos a estos consejos de los mencheviques y social-revolucionarios y se unió decididamente a los bolcheviques. Sólo de este modo pudo ser salvada Rusia de la catástrofe y de la invasión.

La Revolución socialista triunfante dió gratuitamente a los campesinos las tierras del zar, de los terratenientes y de la Iglesia. A pesar de la inmensidad del territorio, a pesar de la inmensidad del suelo fértil, los campesinos de la Rusia zarista padecían más que en ningún otro país, hambre de tierra. Durante siglos enteros, los campesinos llevaron una lucha tenaz por la tierra y se alzaron en una serie de sublevaciones, aplastadas por el zarismo, de manera cada vez más sangrienta. Pero, después de la revolución de febrero, después del derrocamiento del zarismo, tampoco recibió el campesinado las tierras de señorío. Las masas de campesinos y de aldeanos querían la tierra de los grandes propietarios, sin dilaciones, gratuitamente. El gobierno provisional, incluidos los mencheviques y social-revolucionarios, remitió el problema a la Asamblea Constituyente. Allí donde los campesinos no cumplían este acuerdo y ocupaban por su cuenta las tierras, el gobierno provisional tomaba contra ellos sangrientas represalias. En este terreno, los bolchevi-

ques eran también los únicos que decían la verdad a las masas de campesinos y aldeanos pobres y les indicaban el camino justo que habían de seguir: "Si queréis tener gratuitamente las tierras del zar, de los terratenientes y de la Iglesia, tenéis que expulsar de vuestras filas a los mencheviques y social-revolucionarios, lacayos de los capitalistas y terratenientes; tenéis que derrocar, en alianza con el proletariado, el poder de los terratenientes y de los capitalistas; tenéis que establecer el poder de los soviets. Y, como la mayoría de los campesinos y de los aldeanos pobres siguió el consejo de los bolcheviques, las masas campesinas de Rusia pudieron convertir en realidad su sueño de siglos, pudieron aplacar su sed de tierra.

La Revolución socialista abatió la cárcel de pueblos, liberó a las naciones oprimidas y creó las condiciones necesarias para una unión fraternal de pueblos libres e iguales en derechos. Se sabe lo que la Rusia zarista representaba en la situación de las naciones. "Cárcel de pueblos": he aquí la definición leninista — stalinista de las relaciones en la Rusia zarista, la cual especifica de un modo preciso cuál era la situación en aquel tiempo. Decenas de pueblos oprimidos, en situación jurídica desigual, chovinismo y enemistad entre los pueblos, fomentados según la consigna "divide y vencerás", desavenencias, naturales o cultivadas, de nación, de religión o de raza, progromos; todo ello para dificultar la lucha conjunta de las masas explotadas de las diferentes naciones contra su enemigo común, el zarismo. Tal era la política zarista en la cuestión nacional. Pero tampoco cambió en nada lo esencial de esta situación de las nacionalidades después de la revolución de febrero. La burguesía rusa, que participaba en la guerra imperialista buscando nuevas conquistas y anexiones, no pensaba conceder la libertad a las naciones sometidas anteriormente. Los criados de los capitalistas y terratenientes, — los mencheviques y social-revolucionarios —, desbordantes de frases elocuentes sobre la "Revolución", la "Democracia" y la "Libertad", reconocían, "en principio", es decir, de palabra, el derecho de los pueblos a la autodeterminación; pero no querían enterarse de que este derecho, sin el correspondiente derecho a la separación y sin una existencia estatal propia, es sencillamente un gran engaño. Sólo los bolcheviques, con Lenin y Stalin a la cabeza, mostraban a todos los pueblos de Rusia la salida justa: únicamente el derrocamiento del poder de los capitalistas y terratenientes y la instauración del poder soviético abriría a los pueblos de Rusia el camino de la liberación nacional y crearía las condiciones para la convivencia y colaboración de los pueblos sobre una base nueva, sobre la base de la unión voluntaria y fraternal de las naciones de la URSS, naciones libres e iguales en derechos.

La Revolución socialista victoriosa llevó a cabo la expropiación de los expropiadores, liquidó el "orden" milenario de la explotación

del hombre por el hombre y sentó los cimientos de la sociedad sin clases. Las masas de los diversos países beligerantes, extenuadas por más de tres años de guerra, manifestaban cada vez más claramente su descontento y su indignación. En más de un país se producían hechos revolucionarios. En Rusia, la revolución avanzaba rápidamente. Para las clases dominantes de varios países, su poder, su dominación, su orden social se hallaban en peligro. Por esto, no es raro que la burguesía acentuara el terror contra las masas y emplease, al mismo tiempo, todos los procedimientos de engaño y de seducción para orientar a las masas hacia una dirección donde no peligraran los fundamentos de la dominación burguesa. Estaba cada vez más claro que las masas explotadas no querían seguir viviendo en el antiguo sistema, que sentían de manera apremiante la necesidad de algo nuevo, de una nueva vida, de un nuevo régimen social. Esta es la razón de que los partidos dominantes prometiesen a las masas todo lo imaginable. Hasta la palabra "socialismo" se puso de moda, no sólo en los discursos de los jefes sin gloria de la II Internacional, sino también en boca de todos los demás charlatanes y agentes de la burguesía. El anzuelo para pescar al pueblo eran las palabras "socialismo" y "socialización"... pero nunca antes de la "victoria final" y siempre de acuerdo con los capitalistas. En Rusia, este juego no tuvo éxito gracias a los bolcheviques. Los bolcheviques criticaron despiadadamente todas las promesas engañosas de los enemigos del pueblo, desenmascararon a los impostores y consiguieron que el pueblo se apartase de los farosantes. ¿Socialismo? Bien. Pero al socialismo corresponden, por lo menos, dos medidas fundamentales: el poder en manos de la clase obrera, es decir, la dictadura del proletariado, y la expropiación de los expropiadores, es decir, la socialización de los medios de producción. De otro modo, todos los discursos sobre el socialismo, sin la realización de estas premisas, son charlas estúpidas o engaños conscientes. Y en Rusia se llegó a un socialismo efectivo, se puso fin a la explotación del hombre por el hombre, porque el pueblo, en esta cuestión fundamental, tampoco prestó oídos a las diferentes criaturas de la burguesía, sino a los bolcheviques.

*

* *

Cuando Lenin y Stalin, antes de Octubre, formaron en orden de combate al ejército político para dar el asalto a los fundamentos del capitalismo, no fueron pocos los que propagaron entre el proletariado y entre el pueblo en general el desaliento, la falta de fe en sus propias fuerzas, la convicción de la omnipotencia de la burguesía y de su aparato estatal, el miedo al combate y a la sangre que había que verter.

Contra estas lamentaciones de los jeremías mencheviques y

social-revolucionarios, los bolcheviques refrescaban incansablemente la memoria del pueblo: Os dicen que no tenéis fuerzas ¡Cien veces mentira! Sóis la inmensa mayoría. Tenéis las armas en las manos. De vosotros dependen la producción, el transporte, la alimentación. Tenéis vuestras organizaciones, tenéis los soviets. Y tenéis vuestro Partido, que no se lamenta, sino que sabe, que quiere, que lucha por agrupar las fuerzas para la batalla decisiva. ¿Quiénes son los que reducen vuestras fuerzas? Los que, bajo la máscara de amigos del pueblo, se hallan en realidad a sueldo de nuestros mayores enemigos para infiltrar en vosotros el veneno de la falta de confianza en vosotros mismos, el veneno del respeto servil hacia nuestros explotadores. Tenéis que expulsar de vuestras filas a esos elementos, tenéis que arrojarlos de los soviets y de las demás organizaciones y agruparos en torno al Partido bolchevique. Y entonces, las masas de trabajadores de Rusia probarán al mundo que, no sólo terminan con los zares sino también con los capitalistas y terratenientes.

Los bolcheviques no han negado nunca que la lucha por el poder, la conquista del poder y la edificación de una sociedad nueva exigen grandes sacrificios del pueblo trabajador. Eran, por el contrario, los farsantes del campo menchevique y social-revolucionario, quienes aseguraban al pueblo que podría llegar "sin dolor" al puerto del socialismo, a la nueva sociedad. Pero las masas que vivían en el infierno de las trincheras, en el horror de las destrucciones, de la muerte en masa, del hambre y de la enfermedad, es decir, todos los horrores dantescos del capitalismo moribundo, respondían: "Sacrificios hacemos todos los días; sacrificios sin fin y sin medida. ¿A beneficio de quién? Evidentemente, no a beneficio de nosotros, sino de los señores, de los capitalistas y terratenientes. Nosotros, los trabajadores, los explotados, sufrimos a diario innumerables víctimas para dar a nuestros explotadores poder, riqueza, gloria y satisfacción. Y está claro: mientras los explotadores manden, las cosas no pueden ocurrir de otro modo. Nos obligarán siempre a nuevos sacrificios, a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros nietos, como obligaron en el pasado a nuestros padres, a nuestros abuelos, a nuestros bisabuelos. ¿No es hora ya de acabar con esto? Si para ello tenemos que ir a nuevos sacrificios, ya no serán sacrificios para nuestros explotadores y verdugos, sino para nosotros mismos, para nuestra causa, para nuestra familia, para nuestra clase, para el porvenir de toda la humanidad. Y tanto más cuando que el volumen de estos sacrificios será incomparablemente menor que el de los que estábamos obligados a hacer ante el altar del Capital". Es indudable que esta inmovible disposición de las masas para ir al combate y arrostrar los mayores sacrificios, dió al movimiento revolucionario la fuerza y el impulso indispensables no sólo para derrocar el poder de los explotadores y defender el poder conquistado, sino también para la construcción de la nueva sociedad. Y,

ciertamente, la historia de la Unión Soviética, desde su fundación hasta hoy, es la historia de la lucha de clases contra el enemigo interior y exterior, llevada a cabo en diferentes formas y con distintos métodos. Sin esta lucha, sostenida con el fusil en una mano y la herramienta de trabajo en la otra, no habría sido posible la edificación del Socialismo.

La clase obrera de Rusia recibió de los capitalistas y terratenientes una triste herencia. Las clases dominantes habían llevado al país al borde del abismo. Hacía falta construir una nueva vida sobre las ruinas de la antigua existencia. La burguesía, vencida, aunque no aniquilada, sabotaba cada paso del nuevo régimen y producía toda clase de perjuicios. Era necesario destrozar su viejo aparato estatal y crear uno nuevo, un aparato soviético. Esto constituía una tarea sin precedentes en la historia. Y fué posible, gracias al genio y a la previsión de Lenin y Stalin, unidos al impulso creador de las masas de millones de hombres. Era necesario suprimir las bases económicas de las clases antes dominantes, arrancarles los medios de producción, convertirlos en propiedad del pueblo, del Estado Soviético y volver a ponerlos en marcha. Los bolcheviques cumplieron también esta tarea. Al mismo tiempo, era preciso utilizar el breve tiempo de respiro que siguió a la paz de Brest Litovsk a fin de preparar militarmente al país para la resistencia contra la esperada contraofensiva de la contrarrevolución. Y los bolcheviques probaron, también en este terreno, que estaban a la altura de su cometido. Pues no era en verdad una tarea fácil la organización del Ejército Rojo, —ejército, por principio, de nuevo tipo—, sobre las ruinas del antiguo ejército y con una carencia casi total de armamentos.

Como los bolcheviques habían previsto, la tregua no fué larga. Se termina cuando se unen las fuerzas interiores de la contrarrevolución y de la intervención extranjera. Las diferentes especies de "patriotas" que han perdido el poder, la buena vida y el comedero repleto, llaman a los intervencionistas y están dispuestas a ahogar al país en un mar de sangre y a venderlo de punta a punta a los piratas extranjeros antes que tolerar la victoria del pueblo. Empieza el período de la guerra civil y de la intervención. Es una epopeya de extraordinario heroísmo, de grandioso espíritu de sacrificio de las masas, que, bajo la dirección de un partido tan heroico y tan glorioso como el Partido de Lenin y Stalin, defienden sus conquistas, duramente logradas; defienden su país. El joven Ejército Rojo tiene que formarse en pleno combate. Los mejores obreros de las empresas están en el frente sin producir. Los elementos revolucionarios yerguen la cabeza en todo el país. Existen dificultades casi insuperables en el abastecimiento y el transporte. Los soldados luchan con armas malas, y los obreros trabajan en medio del hambre y del frío. A veces, parece que la contrarrevolución y la intervención extranje-

ra van a triunfar. Pero, a pesar de todo, la contrarrevolución y la intervención son desarmadas, vencidas y, finalmente, arrojadas fuera del país.

Pero, con la liquidación de la intervención y el fin de la guerra civil, no se terminan la lucha y las dificultades. Nacen nuevas dificultades en otro terreno, bajo diferentes formas. El país entra en el período de la restauración económica. La guerra imperialista, la guerra civil y la intervención han impreso una honda huella en la economía del país. La producción se ha venido abajo: la agricultura producía la mitad que antes de la guerra, y la industria solamente la séptima parte. No se podía poner en pie la producción arruinada sin fortalecer la alianza de los obreros con los campesinos sobre una nueva base económica. Para ello, el Partido pasó del Comunismo de Guerra a la Nueva Política Económica. Este paso fué dado en una lucha abierta contra el enemigo de clase fuera del Partido y contra los enemigos del Partido emboscados en su interior, los cuales reforzaron su actividad en contra del Partido, especialmente después de la muerte de **Lenin**. Los bolcheviques, con Stalin a la cabeza, cumplen también, no obstante, las tareas difíciles de este período: se obtienen éxitos decisivos en la reconstrucción económica del país.

La reconstrucción de la economía se llevó a cabo, sobre todo, renovando la antigua. Pero lo que era bastante para el zarismo, no lo era, ni muchos menos, para el Estado socialista. Había que ir más lejos. Había que empezar la industrialización socialista; había que crear una serie de nuevas ramas industriales que en el zarismo faltaban por completo: la industria de la defensa, la industria necesaria para la producción de la maquinaria agrícola moderna, indispensable si se quería encauzar a los millones de campesinos individuales por el dominio de la producción colectiva. Para esta grandiosa industrialización socialista, el Estado Soviético no podía contar con una ayuda exterior, con una ayuda del capital extranjero. Tenía que extraer de sus propias fuentes, de sus propias reservas interiores, los enormes recursos necesarios. Y esto constituía una tarea muy dura, aún teniendo el Estado a su disposición los beneficios de las empresas colectivizadas, de los bancos, del transporte y del comercio, que en el capitalismo van a parar a los bolsillos de las clases parásitas. Basta recordar que la historia no conoce ejemplos de un país capitalista que haya llevado a cabo su industrialización con medios propios, sin el saqueo de países extranjeros o sin empréstitos exteriores. Se comprende que la realización de tarea tan inaudita exigiese una formidable tensión, tanto más cuanto que los enemigos, dentro y fuera del Partido, dentro y fuera del país, emprendieron una campaña feroz contra el plan stalinista de industrialización socialista. Pero nuevamente, a pesar de las dificultades y a lo largo de innumerables luchas, también se

cumplió la tarea de este período. Se crearon las bases de la industria pesada, se cumplió el primer plan quinquenal de la edificación socialista.

Los éxitos de la industrialización socialista dieron a los bolcheviques la posibilidad de acometer la tarea más difícil después de la toma del poder: la colectivización total de la agricultura y la liquidación de los "kulaks" como clase. Hay que darse cuenta de lo que significa llevar al camino de la gran producción colectiva, equipándolas con la técnica más moderna, llevar al camino del socialismo a millones de pequeñas explotaciones campesinas, acostumbradas a los sistemas y medios de producción "a la antigua" e impregnadas de una psicología de pequeños propietarios. Hay que darse cuenta también de lo que supone liquidar a los "kulaks" como clase, extirpar las últimas raíces del capitalismo en el campo. Y también cuántos problemas complicados e interdependientes, —políticos, económicos, administrativos y de organización—, tuvo que resolver el Partido de los bolcheviques para abarcar todas las complejidades y todas las dificultades que encerraba la colectivización de la agricultura. Los elementos capitalistas que quedaban en el campo y todo el mundo capitalista comprendieron que este era el ataque más fuerte y más decisivo que se había emprendido después de la Revolución Socialista de Octubre contra sus posiciones en el país del socialismo. De aquí la nueva y feroz ofensiva de todos los elementos antisoviéticos contra la política de colectivización del Partido bolchevique. En esta ofensiva, todos los anteriores grupos enemigos del Partido se convirtieron en agencias directas de los imperialistas extranjeros, en bandas de espías, saboteadores y asesinos, en una sangrienta jauría de enemigos del pueblo. El partido se depuró de estos enemigos tras una lucha violenta, llevó a cabo la grandiosa tarea de poner a las masas decisivas de los campesinos en el camino del socialismo y emprendió la lucha por la coronación de la edificación socialista y el paso al período de transición gradual hacia la sociedad comunista. Esta obra fué rematada por la Constitución Stalinista, por el triunfo de la democracia soviética.

*

* *

Así, el pueblo soviético, después de su glorioso triunfo en Octubre de 1917, tuvo luchas considerables, sufrió toda clase de sacrificios y emprendió formidables tareas. Pero ¿quién desconoce las dificultades y los sufrimientos que ha atravesado en este tiempo el pueblo trabajador de los países capitalistas? De crisis en crisis, de paro en paro, de miseria en miseria, de hambre en hambre, de terror en terror, de tiranía en tiranía ¿Y para qué? El pueblo soviético se ha abierto paso hasta el socialismo, hasta una vida más clara y más feliz. El pueblo trabajador de los países capitalistas se ha

visto precipitado, en fin de cuentas, en una nueva guerra imperialista.

Veinte años después de la terminación de la primera guerra imperialista ha empezado una segunda guerra que también se convierte en guerra mundial. De nuevo se cierne sobre los pueblos el espanto, todavía mayor que durante los años de 1914-18. La guerra "total", el bombardeo en masa de industrias, ciudades y aldeas ha borrado las diferencias entre el frente y la retaguardia. La muerte cae del cielo, y mata, no sólo soldados, sino también obreros en las fábricas, mujeres en las calles, niños en las escuelas, enfermos en los hospitales, marineros y pescadores en el mar. Mientras los ricos, para protegerse, hacen construir a tiempo sus refugios lujosos, con todas las comodidades y todas las exigencias de la higiene, para las masas trabajadoras o no hay refugios o son agujeros miserables, cuevas húmedas o túneles fríos, en donde las masas pasan las noches sin dormir, hambrientas y heladas, para ir por la mañana a rendir en las fábricas su jornada de doce o catorce horas. Y esto no es más que el principio de la segunda guerra imperialista. El fin se halla todavía invisible. En cambio, la Unión Soviética está al margen de la guerra. Su fuerza, su poder, la sabia política de su gobierno han conseguido, hasta ahora, conservar para los pueblos de la URSS la paz y el trabajo pacífico.

Constantemente, nuevos países y nuevos pueblos son arrastrados al huracán de la guerra imperialista. Los imperialistas manejan como piezas de ajedrez la suerte de los Estados, la suerte de los pueblos. El nuevo reparto del mundo, —que es el objetivo de esta guerra—, no significa sino una nueva modificación arbitraria del mapa, la pérdida de la independencia nacional para muchos pueblos, su degradación y esclavizamiento, paralización de su desarrollo, ser diezmados. De entre estas turbias olas de barbarie surge la Unión Soviética como un faro de libertad, de igualdad y derechos y de unión fraternal de las naciones; se alza ante los pueblos como un portador de libertades. La Unión Soviética liberó a los pueblos de la Ucrania y Bielorrusia Occidentales y los sacó de la guerra imperialista. La Unión Soviética llevó a los pueblos de Besarabia y Bukovina del Norte la liberación nacional y social. Los pueblos de Lituania, Letonia y Estonia ingresaron en la gran familia de pueblos de la URSS. El número de habitantes de la Unión Soviética ha aumentado en 23 millones y llega ya a 193. Las repúblicas hermanas no son hoy 11, sino 16.

En el mundo de los imperialistas, los derechos democráticos del pueblo, ya antes de la guerra, estaban muy mal parados. Pero, donde todavía había margen para ello, se ha empeorado la situación al empezar la guerra y en su transcurso hasta llegar a un régimen insoportable. Los imperialistas no han ampliado más que **un** derecho del pueblo trabajador: el derecho a callar, a servir en el ejér-

cito, a trabajar, a aguantar y pagar, a dar su sangre y su vida para la mayor honra, gloria y provecho de "su" burguesía. Y, como no es posible que el pueblo trabajador se muestre satisfecho con este "derecho" único, como la defensa de su propia existencia le obliga simplemente a resistir, los imperialistas responden con brutales represalias. Cientos de los mejores luchadores internacionales del proletariado han caído ya en esta guerra a manos del verdugo. Cientos de miles de luchadores contra la guerra imperialista yacen en las cárceles. La mayoría de las organizaciones de clase del proletariado han sido prohibidas por los imperialistas. Han desaparecido hasta los últimos restos de las llamadas libertades de palabra, de prensa, de reunión y de asociación. Las elecciones se convirtieron en una excepción rara y, aún en ellas, se imposibilita que los verdaderos representantes del pueblo presenten su candidatura. En esta guerra, la dictadura desenfundada y brutal se ha convertido en la forma de gobierno dominante de los imperialistas.

Frente a ello, en la URSS aparece en todo su esplendor la democracia socialista, bajo el signo de la Constitución stalinista. Durante esta guerra imperialista, fueron celebradas en la URSS elecciones generales a los soviets locales. En las regiones recientemente liberadas de Ucrania y Bielorrusia, las masas populares enviaron sus representantes a la asamblea de la nación correspondiente, primero, y, luego, al Soviet Supremo de la URSS. En las repúblicas liberadas del Báltico —Lituania, Letonia y Estonia—, se efectuaron las elecciones al Seim nacional. En el transcurso de pocos días, tuvieron lugar las elecciones locales tanto en la república Carelo —finlandesa como en las regiones de Ucrania y Bielorrusia Occidentales. Está en marcha la campaña electoral para las elecciones a diputados al Soviet Supremo de la URSS en las repúblicas federadas de Lituania, Estonia, Letonia y Moldavia. Se ha llevado a cabo una amplia campaña para la elección de los órganos dirigentes de los sindicatos. A propósito de ello, no hay que perder de vista que, en la URSS, la elección de representantes en los órganos del Estado o en las organizaciones obreras no se limitan simplemente al acto de depositar una papeleta en la urna. Cada elección, en la Unión Soviética, representa un enorme despliegue de la iniciativa política de las amplias masas, la participación inmediata de millones de personas en el enjuiciamiento de los problemas políticos actuales, en la crítica y autocritica de los representantes, de su actuación, de sus errores y de sus omisiones. Y, sin embargo, las elecciones no son sino una parte del conjunto de la democracia soviética, que no limita su expresión a los períodos electorales, sino que se extiende a lo largo de la vida cotidiana en las fábricas, en los koljoses, en los soviets, en las organizaciones, en la prensa soviética, en los periódicos murales, donde, en todas partes y todos los días, el pueblo

soviético toma la palabra y participa directamente en la administración pública.

Ya antes de la guerra imperialista actual, la economía campesina en los países capitalistas había comenzado ya a sufrir una aguda crisis. La guerra agravó más esta situación. En las zonas donde tuvieron lugar operaciones militares, cientos de miles de familias campesinas perdieron cuanto tenían; su economía fué sencillamente destrozada. Pero también las masas de campesinos trabajadores que no han sido visitadas en sus casas por la furia guerrera sufren duramente a consecuencia de la guerra imperialista. Gran parte de los campesinos y de sus hijos mayores está movilizada. Todo el peso del duro trabajo recae sobre la espalda de mujeres, niños y ancianos. Gran parte del ganado de labor y de sustento es requisado. El suelo no se trabaja suficientemente y, como consecuencia, su productividad decrece. Las requisas y entregas obligatorias de productos del campo alcanzan tal volumen, que al campesino nunca le queda lo suficiente para alimentar a su familia y al ganado. El rendimiento de las parcelas baja; pero, en cambio, los impuestos suben. Los campesinos están asfixiados por las deudas antiguas, a las que vienen ahora a sumarse otras nuevas. El resultado es que un número cada vez mayor de explotaciones campesinas cae en manos de los bancos y de los usureros y que el campesino, aún con el máximo esfuerzo de toda su familia, no gana lo suficiente para pagar los intereses a estas sanguijuelas. El resultado es una desbandada cada vez mayor en el campo, la proletarización de los campesinos en los países capitalistas.

¡Qué distinta es la suerte de los campesinos soviéticos, de los campesinos koljosianos! A las explotaciones colectivas se les ha asegurado a perpetuidad la tierra gratuita, sobre la que no pesan las exigencias de banqueros y usureros. El Estado socialista entrega a las explotaciones colectivas, cada vez en mayor cantidad, la maquinaria agrícola más moderna, abonos suficientes, semillas mejoradas y ganado de casta para cría, con lo que se facilita el trabajo de los campesinos y se aumenta la productividad del suelo. Después de entregar al Estado socialista una cantidad relativamente muy pequeña, el resto de los productos queda a disposición de la explotación colectiva y de sus miembros. Cada koljosiano que realice honradamente un trabajo moderno, tiene abiertas ante sí las puertas del bienestar, las puertas de una vida culta y alegre.

La economía de los Estados capitalistas ha sido destrozada y desorganizada extraordinariamente por la guerra imperialista. El mundo capitalista no había superado aún las secuelas de una dura crisis económica cuando entró de lleno en una crisis todavía más grave. La producción se ha restringido por las exigencias de la guerra; las necesidades de consumo del pueblo han sido relegadas com-

pletamente a segundo plano. La guerra absorbe sumas fabulosas. Los imperialistas declaran únicamente que, para que puedan ser cubiertos estos gastos fabulosos de guerra, las masas deben "restringir" sus necesidades. Y, para obligar al pueblo, se rebajan los salarios, se suben los precios, se prolonga la jornada de trabajo hasta catorce horas, se emiten empréstitos obligatorios y se reduce al mínimo, o se suprime en absoluto, la producción de artículos de consumo diario. De este modo, se obliga al pueblo trabajador a apretarse el cinturón y se exprime el jugo de sus fuerzas vitales sobre las cajas insondables de los fabricantes y suministradores de armamentos. A pesar de la fabulosa producción de guerra, el paro forzoso no disminuye, porque la producción, en todas las ramas que no sirven directamente a la guerra, ha sido paralizada. Y los imperialistas han ido tan lejos con su "economía", que, en el segundo año de guerra, la Europa capitalista se encuentra ante el inminente peligro del hambre: el hambre en el sentido literal de la palabra.

Frente a esto, la economía de la Unión Soviética se desarrolla regularmente sin crisis y sin paro. La potencia defensiva y económica del país soviético crece; el tercer plan quinquenal stalinista se lleva a cabo consecuentemente. No sólo aumenta la producción de la industria pesada, sino también la producción de la industria ligera. Crece la producción de artículos de consumo diario y de productos alimenticios de todas clases. Los frutos de la creciente productividad de los obreros, de los campesinos, de los intelectuales soviéticos no van a parar al bolsillo de los explotadores, sino que quedan a beneficio de todo el pueblo y sirven para reforzar la potencia económica y militar del país, para preparar a la URSS contra toda clase de eventualidades.

*
* *

El pueblo trabajador debe, sobre todo, a los partidos social-demócratas y a su llamada II Internacional, el hecho de que los imperialistas hayan podido satisfacer su gusto de crear nuevos campos de batalla. Estos partidos, agencias de la burguesía en las filas obreras, han preparado durante largos años, con su política traidora, el camino que hoy recorren las masas obreras y los pueblos del mundo capitalista.

Esta política empezó ya con el apoyo a la guerra imperialista de 1914-18. Continuó con su participación activa en la cruzada emprendida por la reacción, la contrarrevolución y la intervención contra la naciente República de los Soviets. Después, con su papel dirigente en el aplastamiento de la Revolución en Europa Central, papel por el cual el capitalismo, —cuando menos, el capitalismo europeo—, les debe la vida. A continuación, con la ayuda prestada por la socialdemocracia para que el capitalismo, cada vez más po-

árido, pudiera mantenerse en pie a costa de las amplias masas, por lo cual ella misma, en un acceso de orgullo lacayuno, se calificó de "médico del capitalismo". Luego, con su política en el período de la gran crisis económica, cuando la socialdemocracia hizo todo lo posible para ayudar a los capitalistas a cargar las consecuencias de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores. Y luego, con el sabotaje constante y tenaz de todos los intentos para la creación de un amplio frente popular contra la reacción y la guerra. Todo esto terminó como tenía que terminar: con una nueva guerra imperialista.

La política de los partidos socialdemócratas en la nueva guerra imperialista es tan infame y tan venal como la que practicaron en la guerra de 1914-18. De nuevo descubren que la guerra imperialista es una guerra "justa" (Sólo para sus amos), De nuevo hacen llamamientos a las masas para que apoyen activamente la guerra. (Siempre, claro está, al lado de sus señores y dueños). De nuevo despliegan ante las masas bellas y prometedoras descripciones del futuro, de un mundo nuevo y de una nueva vida (Pero nunca para antes de la victoria definitiva de sus amos). Y de nuevo están todos unidos en el odio bestial contra el proletariado revolucionario y contra el país del Socialismo.

Es verdad: la II Internacional se derrumba. No queda un sólo partido socialdemócrata que se mantenga incommovible, que no haya atravesado una crisis grave. ¡Pero no nos engañemos! Como un cadáver infecto, que envenena a todo ser vivo que lo toca, los partidos socialdemócratas extienden aún por el mundo su veneno: el veneno del socialdemocratismo. Y esto es en todas partes: tanto donde los partidos socialdemócratas gozan aún del favor de la burguesía como donde han recibido ya su pago como frenos. En todas partes prestan sus servicios con el mismo fin: el aplastamiento del movimiento obrero y la salvación del capitalismo. En un sitio, —como ministros en funciones—, anuncian a los obreros la necesidad absoluta de enganchar todas las fuerzas y organizaciones de la clase obrera al carro de la guerra imperialista y de cargar "voluntariamente" con todas las privaciones. En otro, corren con las banderas desplegadas a ponerse al lado de los "enemigos" de ayer y recomiendan a los trabajadores que se amolden a lo "inevitable". Pero, en todos los sitios donde el pueblo trabajador da muestras de querer defender sus derechos y sus intereses vitales, introducen la descomposición, siembran la falta de fe del pueblo en sus propias fuerzas, paralizan su capacidad de acción.

A esta labor de zapa contra la fuerza y la capacidad de acción de la clase obrera sólo se oponen, en todos los países, los comunistas. Los comunistas despiertan y fortalecen la convicción de que el proletariado lleva en su seno un ímpetu formidable, con tal de que tenga conciencia de su fuerza como clase, que se agrupe en una unidad

clasista, que oriente justamente su organización y que no se confíe a la dirección de la burguesía, sino a una dirección firme y revolucionaria, con objetivos concretos y salida de sus mismas filas, que sea carne de su carne y tenga su propio espíritu.

Sólo bajo la dirección de un partido consecuente, batallador y proletario, pueden los obreros, incluso en la situación más difícil, luchar con eficacia por sus intereses propios y lograr salir de la guerra imperialista, de la miseria, de la esclavitud y de la matanza sangrienta. La socialdemocracia no puede nunca ser esta dirección, porque su política de colaboración con la burguesía, su política de traición y de capitulación ha conducido al proletariado a todos los sufrimientos y horrores que hoy padece. Sólo los partidos comunistas de los diferentes países han demostrado ser capaces de este cometido, por su firmeza, por su heroísmo, por su justa valoración de los hechos, por su inquebrantable fidelidad a los trabajadores.

Los comunistas han sido quienes han mantenido siempre la frente alta contra los incendiarios de la guerra, quienes han sido perseguidos y desterrados, encarcelados y ejecutados por no haber renunciado nunca a la resistencia contra la guerra imperialista, a la lucha contra sus culpables. Los comunistas son quienes nunca y en ninguna parte dejan que el valor decaiga, quienes infiltran en los trabajadores la convicción de que la lucha es posible incluso en la situación más difícil, la convicción de que hasta en las peores circunstancias es posible conseguir diferentes reivindicaciones por obra de una actividad solidaria. Los comunistas son quienes no han aprobado nunca el concepto, de fuente socialdemócrata, de que no tiene ningún sentido trabajar en los sindicatos bajo las condiciones de la guerra y del terror; son quienes dicen incansablemente a los trabajadores que no deben renunciar, en ningún caso, a sus organizaciones, que deben mantenerse organizados o reorganizarse en todas las formas posibles.

Los líderes socialdemócratas, por encargo de la burguesía, han escindido a la clase obrera y evitan por todos los medios su unificación. Los comunistas se esfuerzan por construir la unidad del proletariado sobre bases nuevas, sobre bases no contaminadas por la podredumbre del socialdemocratismo y no minadas por la traición de los líderes socialdemócratas. En lucha contra el socialdemocratismo y contra los líderes socialdemócratas, en lucha conjunta de los obreros comunistas y socialistas, los comunistas se proponen establecer la unidad inquebrantable de la clase obrera, que es el paso más decisivo para la unificación de todas las capas laboriosas. El proletariado lleva en sí la fuerza que puede infiltrar de nuevo la seguridad y la esperanza de los pueblos que la catástrofe de la guerra tiene hoy acosados y deprimidos y presas de la más negra desesperación; la fuerza capaz de despertarlos, capaz de ser su apoyo y su guía en la lucha por la libertad y por la paz.

El ejemplo glorioso de la audacia, la perseverancia, la firmeza y el espíritu de sacrificio de los bolcheviques, es, en esta lucha, una garantía de que también la clase obrera de los países capitalistas será preparada para todos los acontecimientos y capacitada para todas las exigencias históricas.

MINISTERIO
DE CULTURA



G. LANDE

El Pueblo Soviético en Cifras

Ha pasado más de un año y medio desde la realización del último censo (enero de 1939) en la Unión Soviética. El censo anterior se efectuó hace doce años, en 1926. Doce años pueden parecer desde el punto de vista netamente numérico, como un lapso de tiempo no muy grande. Pero estos doce años de la Unión Soviética no se pueden contar con ninguna medida histórica, porque la historia de la humanidad no conoce nada semejante. La transformación del enorme y atrasado país agrario en un país industrial y progresivo, la desaparición definitiva de la explotación del hombre por el hombre, son el fruto de esos doce años. Los dos procesos están íntimamente ligados entre sí; el uno no se concibe sin el otro. La liquidación de las clases explotadoras, la destrucción de las últimas raíces del capitalismo —la pequeña economía campesina— en el camino de la colectivización agrícola y la liquidación de los "kulaks" como clase, constituían la tarea más difícil que tuvo que resolver la Revolución proletaria en Rusia. Podía resolverla sólo con la ayuda de la construcción de una poderosa industria socialista-moderna. Y, por su parte, la industria no podía desarrollarse a ese ritmo sin los millones de nuevos obreros, liberados de la agricultura por una intensa mecanización.

El proceso de la transformación revolucionaria del país encuentra su expresión más clara en el reagrupamiento social y económico de la población soviética. Porque los hombres soviéticos son los portadores de la transformación socialista, los que erigen el socialismo; ellos son quienes comienzan a levantar la sociedad comunista.

Si se descuenta del total de la población las zonas liberadas en el curso de los años 1939-1940 (Bielorusia Occidental, Ucrania Occidental, las nuevas regiones de la actual República Soviética Carelo-finlandesa, Besarabia, Bukovina del Norte y las nuevas Repúblicas Soviéticas de Lituania, Letonia y Estonia), porque esas zonas no pertenecían a la Unión Soviética cuando fué efectuado el censo, el volumen del crecimiento absoluto de la población de la Unión Soviética era en 1939 de 23.500.000 personas, esto es, un 15.9% y su número total de habitantes llegaba a 170.500.000. En toda la Europa capitalista, la población, durante el mismo espacio de tiempo aumentó solamente en 8.7% (*)

Esta gran diferencia en el crecimiento de la población tiene su

(*) Casi todas estas cifras del censo de enero de 1939 que sirven de base para este artículo han sido superadas por el desarrollo posterior de la economía socialista en la Unión Soviética.

base, no solamente en la mayor cifra de nacimientos en la Unión Soviética, sino también en el descenso de la mortalidad por las medidas sociales y sanitarias del Estado Socialista y en la elevación del bienestar de las masas de la población. Los ingresos de la población en el período comprendido entre los dos censos subieron de 21.7 mil millones de rublos en el año 1926 a 105 mil millones de rublos en el año 1938, es decir, casi al quíntuplo. En el período de 1926 hasta enero de 1939 la producción en bruto de la industria (por su valor) aumentó en seis veces por cabeza.

La Unión Soviética se transformó en el período comprendido entre los censos, de un país agrario en un país industrial. La población urbana subió en los doce años indicados de 23.3 millones a 55.9 millones. El año 1926 había en la Unión Soviética 709 ciudades y 125 villas; en 1939 había ya 922 ciudades y 1.448 villas. Este crecimiento vertiginoso de la población de las ciudades y del número de las ciudades en general se comprende en el acto cuando se compara con el hecho de que la población del campo, a pesar de su crecimiento natural de 18.2 millones de personas, tuvo en el lapso de tiempo mencionado un descenso de 6 millones. En esto se ve que una gran parte de los nuevos habitantes de las ciudades (cerca de 24 millones de personas) procede del campo. Es posible que haya quien tenga la intención de establecer un paralelo entre esta afluencia y el hecho conocido de la emigración campesina en los países capitalistas. Pero la huída de los campesinos arruinados, de los campesinos sin tierra que escapan a la miseria del campo capitalista y caen sobre la ciudad, no tiene nada de común con la afluencia de mano de obra de la aldea soviética a las regiones industriales de la URSS. La mecanización de la agricultura ha creado una gran reserva de hombres, que es de donde la industria extrae la mano de obra que le falta. No ocurre que la mano de obra liberada de la agricultura haya de esperar años enteros o aunque no sea más que meses hasta que encuentre trabajo en la industria. No; antes de que las máquinas agrícolas y los tractores efectúen el milagro de aumentar la productividad del trabajo en el campo, ya está la industria esperando a la nueva mano de obra para recibirla con los brazos abiertos. A las regiones trabajadas por las estaciones de máquinas y tractores llegan los representantes de las nuevas fábricas industriales para obtener un número de nuevos obreros, previo el acuerdo y la autorización de los coljoses. Los hijos y las hijas de los coljosianos marchan a la ciudad por su libre designio, para estudiar allí a expensas del Estado o para cursar la escuela superior y dedicarse, después de la terminación de los estudios, a una profesión industrial dentro de la ciudad. Los jóvenes soldados rojos de la aldea, al terminar el período de su servicio en filas, que es, al mismo tiempo, una gran ampliación de su instrucción general y que implica frecuentemente la asimilación de una enseñanza técnica especial, se trasladan igualmente a menudo a las ciudades y a los centros industriales. Ni el

recaudador de los impuestos ni el miedo a la miseria obligan al hombre del campo a emigrar a la ciudad. Y en la ciudad no le espera el paro, como les sucede a los campesinos martirizados de los países capitalistas.

¡Qué aumento de la productividad del trabajo agrícola ha traído la utilización de los tractores y de las máquinas trilladoras-segadoras! Se calcula que en el año 1939, a consecuencia de la amplia mecanización del trabajo agrario, 1.9 millones de hombres realizaron un trabajo que —sin la ayuda de las estaciones de máquinas y tractores— hubiera necesitado a más de nueve millones de hombres. La industria podía, pues, absorber a siete millones de hombres. Expresado con estas cifras: una hectárea de tierra, en el período del predominio de la pequeña economía campesina individual, exigía como término medio 20.8 días de trabajo y un quintal de cereales necesitaba 3.2 días de trabajo. En el año 1937 (y el proceso ascendente de la productividad del trabajo agrícola continúa de año en año), una hectárea de tierra sembrada exigía como término medio 10.5 días de trabajo y un quintal de cereales necesitaba un día de trabajo. (En estas cifras se expresa también el proceso de intensificación de la agricultura, si se compara el aumento del rendimiento por hectárea con el aumento mucho mayor de la productividad por quintal).

Otra expresión del aumento enorme de la productividad del trabajo agrícola, imposible de conseguir en las condiciones capitalistas, está en el hecho, que debe ser añadido, de que la población del campo a pesar de su descenso numérico en más de seis millones de hombres, dió en 1938 un 25 por ciento más (por su valor, en comparación con los precios de los años 1926-27) de productos agrícolas que en 1926. De aquí, pues, de la mecanización de la agricultura, extrae la industria, efectivamente, sus nuevas fuerzas de trabajo.

La transformación económica y política de la agricultura aparece completamente clara cuando se tiene en cuenta de dónde procedían los productos agrícolas para el abastecimiento de los consumidores de la ciudad en 1926 y de dónde procedieron en 1938.

El año 1926 llegaron al mercado 630 millones de "puds" (*) de cereales; de ellos procedían de los coljoses y sovjoses solamente 37.8 millones de "puds", mientras que los "kulaks" vendían todavía 126 millones de "puds", y la masa de los campesinos pobres y medios vendían un total de 466 millones de "puds". En cambio, a lo largo de los años 1938-39 llegó al mercado un total de 2.230 millones de "puds", distribuidos así: 245 millones de "puds" de los sovjoses, 1.980 millones de "puds" de los coljoses y el resto, hasta 5 millones de "puds", de los campesinos individuales. Este es el resultado numérico de la mayor transformación de la agricultura que conoce la historia de la humanidad.

(*) Un "pud" equivale a cerca de 16 kilos.

Pero el proceso migratorio de una parte considerable de la población soviética del campo hacia la ciudad reviste una característica más notable, que lo diferencia muy profundamente del proceso de la emigración de los campesinos en los países capitalistas. No es solamente hacia los viejos o los nuevos centros industriales de las Repúblicas centrales de la Unión Soviética adonde se dirige la corriente del campo, sino que son también las Repúblicas de la periferia, incluso las regiones del Lejano Oriente y del Extremo Norte, las que ocupan un puesto considerable en el crecimiento de los centros industriales ya existentes y en la creación de los nuevos. Esto no ocurre de ninguna manera por casualidad. Al igual que la industrialización de todo el país con una mecanización simultánea de las regiones agrarias colectivizadas, esta distribución de la industria por todo el país es un fenómeno completamente ajeno al capitalismo, una de las partes que integran necesariamente el gran plan de construcción de la sociedad comunista, que habrá de traer consigo la liquidación de las contradicciones entre la ciudad y el campo, entre el centro y la periferia. Por medio de la planificación nacional de la distribución de la industria están incluidos también en el plan los movimientos migratorios de la población de acuerdo con los principios marxistas.

*
* *
*

El triunfo del socialismo en la Unión Soviética queda expresado también en las cifras siguientes, que demuestran la transformación social de la estructura de la Unión Soviética.

En el año 1939 había en la Unión Soviética:

1. Obreros y empleados de la ciudad y del campo	49.73%
2. Coljosianos y artesanos que trabajan en cooperativas	46.90%
3. Campesinos individuales y artesanos independientes (que no trabajan en cooperativas)	2.60%
4. No trabajadores	0.04%
5. Sin pertenecer a un grupo social determinado	0.73%
	100 %

El pilar de la sociedad soviética actual es, pues, la masa compacta de los obreros, de los empleados y de los coljosianos, que constituyen más del 97 por ciento de la sociedad.

No hace mucho tiempo, todavía en el año 1928, la estructura de la sociedad soviética era completamente distinta de la de hoy. El 73 por ciento de la población estaba constituido entonces por campesinos individuales o artesanos independientes, es decir, que la existencia económica del 73 por ciento de la población llevaba en sí el germen de las supervivencias capitalistas y de la explotación

del trabajo ajeno. Es evidente que el orden de la sociedad socialista no estaba tan desarrollado como hoy.

También dentro de los grupos principales de la actual sociedad soviética, dentro del grupo ocupado en la industria como dentro del grupo de la agricultura, se han producido tales cambios en el peso específico de las diversas profesiones, incluso en la forma de las profesiones en general, que hoy no se pueden reconocer estos grupos. Si el crecimiento del peso específico de las personas ocupadas en la industria tenía ya de por sí en el último decenio de años rapidez inusitada, ha sido superado después por el ritmo de crecimiento de algunas ramas de la profesión industrial, particularmente de las profesiones de la industria pesada y de la construcción de máquinas. El siguiente cuadro ahorra toda mayor explicación en este sentido:

	1926	1939	Aumento en cantidad en 1000 tantas veces
Obreros metalúrgicos en general	981	4.331.1	4.4
De ellos:			
Torneros	63.5	432.3	6.8
Fresadores	5.0	65.2	13
De otros instrumentos	14.9	240.5	16.2
Soldadores electro-autógenos	sin datos	109.5	—
Modeladores de máq. instrumentales	11.3	137.6	12.2
Prensadores	8.9	55.2	6.2

Ramas enteras de profesiones industriales han desaparecido y ramas nuevas, desconocidas en el censo de 1926, han surgido en su lugar.

Así, por ejemplo, en 1926 hubo todavía en la producción minera 4.500 "conductores de trineo", que transportaban a bordo de sus trineos el carbón extraído. Ellos mismos arrastraban los trineos. Hoy han dejado de existir estos "conductores". Entonces había también en la producción del petróleo un núcleo de 3000 obreros, que extraían la nafta por procedimientos primitivos. Naturalmente, esta "profesión" no existe hoy tampoco, etc.

En cambio, hay ahora, a consecuencia de la mecanización del "oficio" de la construcción, 8000 obreros excavadores y 15.400 obreros equipadores, que antes no existían. Hoy es difícil, por lo tanto, hablar del "oficio de la construcción", que se ha convertido más bien en una rama industrial.

Y en la agricultura se ha formado un ejército de millones de obreros técnica y agrotécnicamente instruídos, que no pueden ser comparados con los anteriores a la colectivización de la agricultura en la Unión Soviética ni con los grupos de oficios de la agricultura en cualquier país capitalista, porque constituyen un hecho característico, tan característico como la tierra socialista colectivizada y co-

mo la propiedad común de todos los medios agrícolas de producción, tan característico como el enorme remozamiento técnico de la agricultura, que es de donde ellos han surgido.

	en 1000
Dirigentes de economías colectivizadas	200.5
Dirigentes de brigadas de tractoristas	97.6
Dirigentes de brigadas de trabajos del campo	549.6
Dirigentes de brigadas ganaderas	103.1
Dirigentes de otras brigadas agrícolas	89.3
Dirigentes de sub-brigadas	466.5
Dirigentes de laboratorios agrícolas, seleccionadores (*)	
"yarovisadores" (*)	16.9
Conductores de tractores	803.1
Conductores de segadoras-trilladoras	131.2
Total:	2457.8

El censo del año 1926 incluyó a 4.200 conductores de tractores; en el año 1939 su número había aumentado en 190 veces. ¡Existían ya más de 800.000 conductores de tractores!

Como se ve, el pueblo que habita el campo soviético es un pueblo completamente nuevo, que asimila cada vez más la agrotecnia y la zootecnia, un pueblo cuya juventud conoce al tractor como sus padres conocían el arado de madera.

Pero este remozamiento técnico de la agricultura y la creación de esos cuadros obreros de la técnica habrían sido imposibles si el Estado Socialista no hubiera desplegado toda clase de esfuerzos para liquidar el analfabetismo y elevar el nivel general de la instrucción del pueblo.

Según los datos del último censo, sabía leer y escribir el 81.2 por ciento de la población de más de nueve años, a cambio del 51.1 por ciento en 1926 y del 24 por ciento en 1897. El número de analfabetos en la provincia sigue siendo hoy mayor que en los grandes centros industriales (en Moscú y en Leningrado, por ejemplo, sabe leer y escribir cerca de 94 por ciento de la población); pero no hay que olvidar que, cuando triunfó la Revolución proletaria de octubre, el analfabetismo predominaba en la periferia del país, en las Repúblicas nacionales. El ritmo de la liquidación del analfabetismo en las Repúblicas limítrofes ha sido, pues, más rápido que en las regiones del centro.

(*) Criadores de especies de ganado y cereales.

(*) Que trabajan en la fecundación artificial de las semillas.

Porcentaje de los que saben leer y escribir:

	1926	1939
RSS Tadshikistán	3.7	71.7
RSS Uzbekistán	10.6	67.8
RSS Turkmenistán	12.5	67.2
RSS Kirguizia	15.1	70.0
RSS Kasajstán	22.8	76.3
República Autónoma Daguestán	13.9	69.8
República Autónoma Kabardino-Balkaria	23.6	74.8

Así como en la liquidación del analfabetismo se ha planteado la tarea de nivelar el campo y la ciudad y de conseguir que sepa leer y escribir el 100 por ciento de las dos poblaciones, ahora se trabaja también en la labor de suprimir el abismo que se abría en la Rusia zarista entre la instrucción primaria media de la mujer y la instrucción primaria media del hombre.

Porcentaje de las mujeres que saben leer y escribir:

	1926	1939
Tadshikistán	menos de 1	65
Uzbekistán	6.5	61.6
Kirguizia	7.4	63
Turkmenistán	7.7	60.6

El año 1939 en las escuelas de la Unión Soviética estudiaban cerca de 38 millones de personas, de ellos 31 millones de niños en edad escolar; 5 millones estudiaban en las escuelas nocturnas para adultos y en los diversos cursos escolares. El año 1939, en la Unión Soviética, de cada mil habitantes, ¡223 estudiaban!

Así resulta también que actualmente 13.2 millones de hombres poseen una instrucción secundaria, es decir, 78 hombres por cada 1.000. De estos 13.2 millones, 11.8 millones adquirieron su instrucción secundaria después de la Revolución de Octubre; sólo una pequeña parte representa a la vieja intelectualidad. Caracteriza al sistema escolar del período posterior de la Revolución que casi la mitad de los ciudadanos soviéticos que poseen la instrucción secundaria son mujeres.

Instrucción superior poseían en la Unión Soviética a principios de 1939: 10.800.000 personas, esto es el 6.4 por ciento de la población. Desde entonces, las numerosas universidades, los múltiples institutos promovieron por dos veces nuevas legiones de centenares de miles de estudiantes que terminaron sus estudios. El ejército de la intelectualidad soviética ha crecido enormemente en el período de 1926 a 1939, lo que se puede ilustrar con ejemplos de algunos grupos de importantes profesiones intelectuales:

	1926	1939
	en 1000	
Ingenieros, arquitectos, constructores (sin dirigentes de fábrica y de rama)	32	305
Personal técnico medio (técnicos, maestros, forestales, jefes de estación, etc.)	175	836
Agrónomos	18	90
Otro personal agrotécnico (geómetras, técnicos agrícolas, agrotécnicos, zootécnicos)	13	114
Obreros de la ciencia (profesores, maestros de escuelas superiores, etc.)	14	93
Maestros	348	1201
Periodistas, bibliotecarios, dirigentes de clubs etc.	59	495
Artistas	54	174
Médicos	70	155
Personal médico medio (enfermeros, comadronas, enfermeras)	130	607
Contabilistas, oficinistas	375	1769

Así crece el pueblo, así crece su número, su bienestar, su cultura a un ritmo imposible en cualquier otra parte, porque sólo en la Unión Soviética este crecimiento tiene sus raíces en la transformación social que ha sido realizada.

Las cifras son, a menudo, aburridas, fatigosas. Pero las cifras del censo de la Unión Soviética no lo son. Al contrario: son atractivas y alentadoras, como es alentador y atractivo el proceso histórico que aquí se desarrolla desde hace veintidós años, y del que ellas son la expresión cabal.

A. TERWAL

El Socialismo Como Vehículo de la Cultura

El 17 de septiembre de 1939, cuando el Estado polaco se vino abajo y dejó de existir prácticamente; cuando el gobierno polaco se disolvió y sus miembros, junto con los capitalistas, los terratenientes y demás vampiros, cruzaron la frontera; en aquel 17 de septiembre de 1939, sonó desde Moscú, a través de la voz del Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, V. Molotov, la voz del pueblo soviético y anunció al mundo que el pueblo soviético consideraba su deber prestar asistencia y apoyo a sus hermanos del otro lado de la frontera del Oeste: los ucranianos occidentales y los bielorusos occidentales; en aquel 17 de septiembre de 1939, los tanques del Ejército Rojo inundaron las calles, los aviones soviéticos ensombrecieron el cielo, se estremeció la tierra bajo el paso de las columnas rojas en marcha. Ante ellas se extendía la tierra campesina oprimida y desgarrada; a su encuentro venían los hombres que escapaban del horror de la guerra y buscaban amparo en los combatientes del Ejército Rojo, en los liberadores ardientemente deseados.

Los oprimidos no desconocían el carácter del Ejército Rojo. Inútilmente intentaron los "panis" polacos mantener herméticamente cerrada la frontera del Este, mantener al pueblo en la ignorancia y en la servidumbre. Estos hombres, que gimieron largos años bajo el yugo más cruel, que solamente podían utilizar su lengua materna en secreto, comprendían en esos días que había venido su libertad, que había empezado para ellos una nueva vida feliz.

A la orilla del Sbruch, los soldados rojos se hallan ante un puente destruido, que voló el enemigo en su fuga veloz. Pero este obstáculo no es insuperable. Los ingenieros se han puesto ya a la obra de tender un puente de urgencia: el avance no puede ser detenido. En la orilla opuesta se congregan los campesinos de la aldea vecina. Interesados miran hacia esta parte del río. De repente, un viejo sale de la fila. Grita, y su voz resuena sobre el río:

—Este puente que estáis construyendo ligará para siempre nuestra suerte con la vuestra. Dejadnos construir el puente en común.

Y ante el río generalmente silencioso, se ofrece al observador un cuadro conmovedor y solemne al mismo tiempo: desde ambos lados, crece el puente hasta el centro del río: allí une, no solamente la tierra, sino a hermanos de un mismo pueblo. Y el Ejército Rojo pasa por entre los campesinos jubilosos, avanza hacia el Oeste, en persecución del enemigo que huye.

Donde quiera que llegaban los soldados rojos, en todas partes eran acogidos con la misma alegría. El obrero veía en ellos a sus camaradas de trabajo, el campesino a sus compañeros de esfuerzo sobre la tierra, el intelectual al vehículo de la cultura. Un sabio polaco ha contado, lleno de asombro, que un soldado rojo entró en su habitación y le pidió permiso para hablar por teléfono. Después de su conversación telefónica, el soldado rojo se acercó con interés a un cuadro colgado en el gabinete de estudio del sabio, observó atentamente el cuadro y luego dijo: "Holbein, el joven".

Y en el libro de visitas del "Museo Miczkievich" en Novogorodek, abandonado completamente por el antiguo gobierno polaco, un soldado rojo escribió:

"Es agradable saber que en Novogoradek hay personas que quieren a Adam Miczkievich y honran su memoria. Pero este escritor es digno de algo más grande. Hay que crear un verdadero Museo Miczkievich, y ¡los bolcheviques lo harán!"

El Ejército Rojo expulsó a las hordas de bandidos y de lacayos de los señores feudales y aportó, no solamente la paz y la libertad, sino también una vida feliz y una nueva cultura superior.

*
* *
*

En la ignorancia más profunda y en la miseria más espantosa pasaron los años para los trabajadores de Ucrania y Bielorusia Occidentales. Los "panis" polacos consideraban estas regiones como simples lugares de explotación, que podían ser exprimidos eternamente. Todavía en junio de 1939 el último gobernador de la provincia de Bielostok escribía:

"... Expuesta en síntesis, nuestra posición frente a los bielorrusos puede ser expresada así: nosotros deseamos ardientemente sólo una cosa: que esta minoría nacional piense en polaco sin que nosotros le demos nada a cambio. No hemos de movernos en otra dirección. Sin embargo, es deseable que este proceso sea acelerado porque de lo contrario, pueden surgir diversos malentendidos. Nosotros debemos superar la vieja cultura bielorrusa".

Así vivían estos hombres: sin derechos, sin trabajo, sin instrucción. Sólo algunos pudieron abrir a sus hijos el camino a la ciencia, a la enseñanza. Y esta cultura tuvo que ser pagada, no solamente con dinero sonante (hasta mil "zlotys" por año), sino también con la renuncia a la lengua materna y a la cultura nacional. Escasos niños ucranianos y bielorrusos lograron asistir a las escuelas y a las universidades. Del escarnio en que se complacían las autoridades polacas ha hablado, después de la entrada del Ejército Rojo en Lvov,

un estudiante judío: "Yo quería pasar el examen de doctor; pero no podía soportar el estar de pie". Esto quiere decir que en la Universidad de Lvov les estaba prohibido a los estudiantes judíos sentarse en los mismos bancos que los estudiantes polacos. Durante todas las conferencias debían estar de pie. En las clases superiores de la escuela de segunda enseñanza de Lvov "Notre Dame" había, el lado de las hijas de directores de banco, de oficiales, de altos funcionarios, sólo una hija de obrero. En las demás clases de ésta escuela no había generalmente ningún hijo de obrero. En la escuela secundaria para muchachas de Lvov, entre 371 alumnas no había más que 8 ucranianas. En toda Bielorusia Occidental, casi la mitad de la población era analfabeta. "Diez ciudadanos instruidos dan más que hacer al Estado que mil analfabetos"; he aquí el lema de los obscurantistas polacos.

Más de la tercera parte del presupuesto de la provincia de Lvov estaba destinado a gastos administrativos y técnicos, entre ellos 18 millones de "zlotys" para el mantenimiento de los tribunales, las cárceles y la policía. A la instrucción se dedicaba el 20 por ciento del presupuesto; a la salud pública el uno por ciento, cerca de 120.000 "zlotys". Este presupuesto de la cuarta gran ciudad de Polonia subraya el carácter del antiguo Estado polaco y de su política frente a la población bielorusa y ucraniana: 120.000 "zlotys" para la sanidad y 18 millones para las cárceles y la policía.

La miseria, naturalmente, aumentaba de día en día. El profesor polaco Krciviczki escribió a este respecto: "Si se busca en cualquier parte un presupuesto obrero que se parezca al de Polonia, este presupuesto, aunque parezca exagerado, es el de un obrero hindú de Bombay". Pero esto fué escrito sobre el nivel de vida de los obreros polacos. Los sueldos y los salarios de los bielorusos o de los ucranianos eran de un 45 a un 65 por ciento más bajos que los sueldos y los salarios corrientes.

El paro había alcanzado enormes proporciones entre la intelectualidad trabajadora. Hombres con diplomas de escuelas superiores buscaban un empleo cualquiera. Sabios y artistas sufrían hambre o trabajaban como camareros, como choferes, como vendedores, como viajantes o en profesiones no calificadas. Sólo en el distrito de Bielostok 615 maestros calificados buscaban no importa qué clase de trabajo; en Ucrania Occidental llegó a haber 7.000 maestros parados.

Después de la liberación de Ucrania Occidental, llegaron a la administración provisional de Tarnopol decenas de demandas de trabajo de maestros parados. Casi todos los escritos tenían el mismo texto:

"Yo soy maestro de profesión; pero estoy parado. No me dan trabajo porque soy ucraniano. Me muero de hambre con mi familia. Le ruego a usted que me proporcione algún trabajo".

La maestra Sofía Savrotiuk, de 27 años, escribió en su petición:

“¿Acaso hacían falta los maestros en Polonia? Yo tengo una familia a mi cargo y, para mantenerla, estaba obligada a viajar por las aldeas de la provincia y a caligrafiar “menús” para los ricos terratenientes. Yo he sido cocinera, tejedora, camarera, peluquera: he hecho de todo para no morir de hambre”.

No era otra la situación de los artistas. En Bielorusia no había ningún teatro en lengua bielorusa; en Ucrania, ningún teatro en lengua ucraniana. Los artistas bielorusos, ucranianos o judíos no podían encontrar trabajo en ninguna parte. Artistas dotados, casi no podían romper las murallas del chovinismo que encontraban a cada paso. En este terreno sucedían los casos más increíbles. Por ejemplo, se intentó componer una orquesta, no por los instrumentos, sino por la nacionalidad de los músicos. Puede uno imaginarse qué clase de “música” saldría de estas orquestas.

Cuando el Ejército Rojo, camino de Tarnopol entró en la aldea de Husiatin, llamó la atención de algunos soldados rojos un pequeño cartel escrito a mano. El cartel decía: “Hoy concierto a cargo de Jumeck, conocido violinista de Varsovia. — Entrada gratis.” Los soldados rojos decidieron pasar su tiempo libre asistiendo al concierto. Jumeck tocaba verdaderamente bien. Luego resultó que, en el concierto internacional de violinistas de Varsovia, había recibido un hermoso diploma, que más tarde no le sirvió para encontrar trabajo en ningún sitio. Y, en vista de ello, desde hacía muchos meses viajaba como un músico-vagabundo por todo el país...

Al preguntar los soldados rojos a la familia Kazul, que vive en el barrio obrero de Lvov, si iban alguna vez al teatro o al cine, la mujer contestó: “¿Qué piensa usted de nosotros? ¡Nosotros no somos ricos!”

Tampoco en Lvov había teatro ucraniano permanente; sólo existía el terreno acotado para el teatro, adquirido una vez por suscripción entre la población ucraniana. Las autoridades polacas autorizaron la compra del terreno; pero, en cambio, prohibieron la construcción del teatro porque “la ley” prohíbe edificar un teatro en las cercanías de una iglesia polaca.”

No era diferente la situación de la cinematografía. No había, en general, películas en idioma bieloruso o ucraniano. Melodramas sentimentales, películas seudo históricas, vodeviles y películas bélicas de espíritu nacionalista daban el tono. He aquí el contenido de una película “social” que se titula “Habló la sangre”: Los obreros de una fábrica textil, provocados por los agentes de un Estado vecino, organizan una huelga. En un choque con los huelguistas, resulta mortalmente herido el dueño de la fábrica. Este exhorta a sus hijos a vengar su muerte en el organizador de la huelga. La hija del pa-

trono entrega a la policía al organizador de la huelga, a pesar de que hasta entonces había sido su amante.

La desigualdad de clase y la desigualdad nacional no constituían solamente las bases principales del film polaco: sobre ellas se fundaba también toda la vida privada de los artistas. Por ejemplo, los sectores judíos no fueron admitidos en el sindicato de los artistas. Tu vieron que crear su propia "Unión de artistas judíos".

El Estado polaco veía en el cine solamente una fuente de impuestos. Cada municipalidad fijaba arbitrariamente el volumen de los impuestos, que muchas veces llegaban al 60 por ciento de los ingresos. Naturalmente, no eran permitidas las películas soviéticas en lengua bielorusa o ucraniana.

Todas estas medidas de represión del antiguo Estado polaco perseguían un solo propósito: el propósito de polonizar la población bielorusa y ucraniana "sin darles nada a cambio", el propósito de "superar la vieja cultura nacional", según la fórmula del Gobernador de Bielostok.

Hasta que el pueblo soviético gritó imperativamente su "¡Basta!" en aquel memorable 17 de septiembre de 1939. Entonces se produjo una transformación en estos hombres oprimidos; entonces empezaron a sentir, aunque no todavía con absoluta claridad, que en adelante cambiaría todo, que iban a ser libres.

En la Universidad de Lvov, había un viejo bedel conocido de todo el mundo, el viejo Stefan. Muchos años de humillación y de esclavitud parecían haber convertido a Stefan en un mecanismo sin alma, que sólo sabía decir a todas horas: "Sírvase, señor", "Permítame usted, señor" y "A su disposición, señor". Los profesores no se dignaban dirigirle la palabra: le daban sus órdenes con la mirada o, a lo más, con un movimiento de la mano. Cuando el Ejército Rojo entró en Lvov, ocurrió, inesperadamente, algo extraordinario. En medio de los profesores, de los ayudantes, de los sabios eclesiásticos que discutían animadamente en la Universidad sobre la entrada del Ejército Rojo, el viejo bedel Stefan escuchaba con atención. A uno de los profesores polacos le molestó su presencia y le reprendió en forma destemplada. El viejo escuchó con calma la represión; pero enseguida irguió su cuerpo, levantó la cabeza y dijo: "Desde ahora, yo soy también un hombre y le ruego que no lo olvide. No puedo consentir a nadie que me ofenda".

Ocho millones de ucranianos y cinco millones de bielorusos sintieron, igual que el viejo bedel Stefan, que empezaba una nueva época, que eran libres, que podían libremente expresar su voluntad y determinar por sí mismos su destino futuro. Trece millones de hombres tenían una única voluntad: ¡el poder soviético! Desaparecieron

los postes fronterizos; los bielorusos y los ucranianos estaban nuevamente unidos, eran un sólo pueblo, pertenecían a la gran familia de los pueblos de la Unión Soviética. Ahora se trataba de formar una nueva vida, de crear una cultura propia, una cultura nacional y socialista.

*
* *

Esta cultura socialista se halla ya en pleno desarrollo al otro lado de la frontera que había existido hasta entonces. Fue conmovedor el primer encuentro de este arte libre con los hombres esclavizados hasta entonces. Ellos veían que ahora no solamente podían hablar con libertad su propio idioma, sino que también llegaba hacia ellos el arte, su propio arte nacional.

Y, en las ciudades liberadas, se llenaron las salas de los cinematógrafos y de los teatros. En la escena actuaban artistas soviéticos; películas soviéticas aparecían en la pantalla. Eran artistas que hablaban en ucraniano o en bieloruso, eran bailes ucranianos o bielorusos, eran canciones ucranianas o bielorusas.

El comisario de batallón Schapovalov describe en su diario la primera actuación del "Conjunto de canciones y bailes" de Minsk en el teatro de Bielostok:

"Silencio... Hace mucho tiempo que no he sentido un tal silencio semejante. Los hombres contienen, en el sentido exacto de la palabra, su respiración... Y, en medio de este silencio, empieza a sonar, detrás del telón, la melodía. La canción... la canción popular bielorrusa se oye en la sala del teatro, que jamás había escuchado estos motivos. La canción penetra en la sala como dueña y señora con todos los derechos, fragante y hermosa en su sencillez. Llega a los corazones de los hombres, los llena de alegría incontenible, y cuando, por fin, se levanta el telón, cuando aparecen en el escenario los artistas del "Conjunto" en sus trajes nacionales bielorrusos, esa alegría rompe el dique del silencio con gritos de júbilo, con una tormenta de aplausos... Pero la canción acalla este estruendo. Comienza, entonces, una sinfonía que no se puede describir con notas musicales o con palabras, una sinfonía que no se puede escuchar simplemente, que hay que sentir. La canción se eleva cada vez con mayor insistencia, cada vez con mayor libertad, y ahora es la reina absoluta de la sala. Los hombres tienen los ojos brillantes. Como prendidos en la gracia inusitada del espectáculo, miran sin pestañear hacia el escenario: no quieren perder ni una sola nota de los cantantes; no quieren perder ni un solo movimiento de los bailarines".

El hombre que escribió estas líneas es un soldado rojo y los hombres que describe son sus hermanos, pueblo como él. Con más belleza es imposible reflejar en el papel esta sinfonía de alegría y de felicidad. Y así ocurrió en todas partes, en las miles de actuaciones de los artistas soviéticos.

Un concierto en Tarnopol. Aplausos atronadores premiaron a los

artistas, piden cada vez una nueva audición. Luego es el intermedio; pero ahora los artistas soviéticos no tienen descanso. Lueven las preguntas, y, por la prisa, son contestadas desde el mismo escenario.

—¿Hay muchos parados entre los artistas soviéticos? — pregunta un profesor del Conservatorio.

—Entre nosotros, hay muchos músicos, actores, cantantes, le contesta uno de los artistas —, y, sin embargo, no son suficientes. Los ciudadanos soviéticos aman mucho el arte.

—Y yo no soy más que un parado — resume el profesor.

Pero ya surgen otras cuestiones de la sala. Un muchacho pregunta desde su localidad: "¿Hacen falta técnicos entre vosotros?".

—Sí, hacen falta muchos técnicos. Todas las mañanas la radio soviética anuncia: ¡Se necesitan técnicos, se necesitan médicos, sastres!

—¿También se necesitan sastres? — grita un hombre sin afeitarse desde el centro de la sala. Y entonces se levantan también los relojeros, los abogados, los maestros. Apenas aciertan a creer que haya un país donde los hombres de no importa qué profesión pueden obtener trabajo...

Un cine en una pequeña ciudad de Bielorusia. Hoy proyectan la película soviética: "La juventud de Máximo". La sala está repleta. La gente se halla de pie, apretada; cada uno quiere ver, por lo menos un trozo de la pantalla. Apenas aparece el primer título en idioma bieloruso cuando en la sala estalla un aluvión de aplausos. Se aplaude tanto tiempo, que el operador se ve obligado a comenzar de nuevo porque nadie ha comprendido el texto. Conteniendo la respiración, todos siguen la historia del bolchevique Máximo. Y, cuando termina la película, estalla de nuevo una tormenta de aplausos como este cine no había oído jamás. Los espectadores aplauden incesantemente sin dejar de mirar la pantalla, donde hace ya tiempo que se ha apagado la palabra "fin".

Así ha conmovido el arte soviético a estos hombres recién liberados. No se podían dar las funciones suficientes, muchos cinematógrafos funcionaron dieciocho horas diarias. Ante las taquillas de los cines, había siempre largas filas. Muchos se enorgullecían de haber visto la película dos y tres veces. Un obrero de Lvov decía con entusiasmo a su vecino de fila: "Yo he visto ya la película cinco veces, y ahora voy a sacar las entradas para toda mi familia". Cuando en las ciudades no había salas suficientemente amplias, los artistas soviéticos daban sus espectáculos al aire libre. En las plazas, en los estadios deportivos, en todas partes se reunieron millares de personas. Y, siempre, estos festivales a base de baile o de concierto acabaron convirtiéndose en mítines, porque en todas partes se planteaba a los artistas pregunta tras pregunta. Cada uno quería decir algo sobre la vida en la Unión Soviética. Los artistas explicaban

a los espectadores la Constitución Stalinista, la estructura del Estado en la URSS, la política nacional del Partido Bolchevique, las conquistas de la Unión Soviética en el terreno de la economía y de la vida espiritual.

Muchas veces, los artistas soviéticos dieron también representaciones especiales para los niños. Por ejemplo, la orquesta de instrumentos populares bielorusos dió un concierto infantil en Oschmian. La administración municipal provisional instaló en el local donde se celebraba la función a los hijos de los pobres que hasta entonces no habían tenido ninguna posibilidad de estudiar y que justamente unos días antes de la función habían comenzado a asistir a la escuela. Cada número del programa fue acogido por los niños con un entusiasmo inusitado. Un muchacho de doce años refirió a los artistas: "Por primera vez en mi vida, he oído música". En Slonim, el "Conjunto" de canciones y bailes populares bielorusos actuó ante 1,500 niños. En el intermedio se acercó a los artistas el maestro judío Jaim Firer y les dijo: "Hace dos semanas no podíamos ni soñar que en este edificio podríamos oír hablar en nuestra lengua materna y escuchar canciones judías. Todavía no podemos comprender qué felices somos".

En otro concierto del "Conjunto" bieloruso, un viejo campesino estaba sentado en la primera fila. Después de cada número, el viejecito canoso se ponía de pie y se inclinaba ante los artistas. Al terminar el concierto explicó: "Es que antes, jamás me saludaba nadie; por eso yo me levantaba también". Los artistas cuentan que muchas veces los aplausos eran tan fuertes, que los ojos se les llenaban de lágrimas. En algunas canciones, los espectadores acompañaban la melodía y entonces se improvisaba un coro de miles de voces que entonaban canciones populares bielorusas durante horas y horas.

Conmovedores fueron también los primeros encuentros de los hombres soviéticos con la intelectualidad bielorusa y ucraniana. El escritor ucraniano soviético Alejandro Korneitchuk describe en su diario el siguiente encuentro:

"Al día siguiente de mi llegada a Lvov, por la mañana, llamaron a la puerta de mi habitación en el hotel. En el dintel estaba un viejo, el sombrero entre las manos. Quería decirme algo; pero se hallaba tan nervioso, que transcurrieron algunos minutos hasta que yo supe quien tenía delante de mí. El viejo hablaba con voz débil, y yo le oía solamente algunas palabras entrecortadas:

—Alegría... Felicidad... Hermoso...

Era Studinski, ex-profesor de la Universidad de Lvov, desde muchos años sin trabajo y perseguido por los polacos. Lloraba:

—Perdóneme... Perdóneme...

Jamás olvidaré estas palabras.

Pocos días más tarde vi en una asamblea un rostro inspirado, joven; oí una voz que sonaba con claridad, y me sorprendí de la transformación. Era la gran fiesta rejuvenecedora del pueblo ucraniano.

Un hombre en pleno vigor de su fuerza y de su energía llamaba a su pueblo a construir una nueva vida bajo la bandera de Lenin y Stalin. Era el profesor Studinski, ahora profesor de la Universidad de Lvov. La juventud nace en la tempestad, vence al tiempo.”

Alejandro Korneitchuk describe también otro encuentro:

“Por la tarde llegó hasta mí una mujer envuelta en una zamarra campesina. Algunos mechones de pelo caían sobre su frente, que ella intentaba, con ademán nervioso, esconder bajo el sombrero. Hablaba muy rápidamente y en polaco, de tal manera que yo al principio, no la entendí nada. Cuando a instancias mías, comenzó a hablar más despacio, supe que era la escritora polaca Wanda Vasilievskaja. Centenares de kilómetros había recorrido a pie por su país destrozado hacia el Este; en el camino había perdido a su hijo.

—“Yo encontraré todavía a mi hijo.. Es difícil para una madre... Pero ahora he llegado hasta vosotros. Quisiera ir a una asamblea de los obreros o de los intelectuales. En el camino, he hablado ya para los campesinos”.

Yo comprendí en el acto que esta mujer no acababa de llegar hasta nosotros, sino que hacía mucho tiempo que vivía en nuestras filas. No preguntaba: “¿Entre vosotros se puede escribir libremente?” o “¿Cuánto se paga entre vosotros”; a ella le interesaba una cosa: las calles y las plazas henchidas de gente, el pueblo, la prensa:

—“Quiero escribir mucho, quiero hablar en los mítines a fin de que todos comprendan la importancia de estos días históricos para la humanidad trabajadora...”

Y esos hombres que hasta hace poco tiempo eran todavía los parias entre los parias; esos hombres hambrientos, explotados, perseguidos, comprendieron la importancia de estas jornadas, por vez primera notaron tierra firme bajo sus pies, se convirtieron en dueños de su propio destino, en creadores de valores puros, en constructores de una nueva cultura.

Millares de dirigentes dotados de empresas industriales y fabriles, de administraciones urbanas y agrarias nacieron de entre las filas de estos hombres. Centenares de maestros, de artistas, de pintores, de literatos, de profesores de escuelas superiores, de escultores, de cantantes, se presentan como el profesor Studinski o como la escritora Wanda Vasilievskaja y, no solamente encuentran trabajo, sino que se les confían puestos de dirección de la nueva vida. Los pueblos libres eligieron a los mejores hijos de las regiones occidentales de Ucrania y de Bielorusia para el Soviet Supremo de la URSS.

*

* *

Enormes perspectivas se abren para la nueva cultura en los territorios liberados. El Ejército Rojo liquidaba todavía los últimos restos de las bandas de oficiales polacos, y ya comenzaron, junto con la reparación de los daños causados por la guerra, junto con la construcción de la nueva industria socialista, los trabajos para la edifi-

cación de la cultura nacional. Allí donde anteriormente el niño crecía en la más profunda ignorancia para seguir siendo más tarde un analfabeto, surgieron escuelas y universidades: el hombre obtuvo el derecho constitucional a la instrucción; allí donde el hombre terminaba su vida como un animal sin asistencia y sin salvación, surgieron hospitales y sanatorios: el hombre obtuvo el derecho constitucional al reposo. Nacieron teatros, conservatorios, academias de arte, museos; artistas y sabios, escritores, médicos, poetas, maestros, ingenieros, técnicos, todos consiguieron trabajo porque así lo quiere la Constitución Stalinista, la Constitución de los pueblos soviéticos libres.

Cuando hoy, en el primer aniversario, se resumen estos acontecimientos históricos, se pueden obtener solamente cifras escuetas. Pero ¡cuánta fuerza creadora, qué voluntad inquebrantable de pueblos libres expresan estos números!

En Bielorusia Occidental no había ninguna escuela en lengua bielorusa, y hoy existen 4,278 escuelas bielorusas, 173 escuelas rusas, 929 polacas, 150 judías, 61 lituanas y 49 escuelas ucranianas. 780,000 niños reciben en ellas enseñanza gratuita. En Ucrania Occidental asisten hoy a las 6,781 escuelas 1.254,193 niños. Se ha abierto el camino a la ciencia para cerca de dos millones de niños.

Con esto se relaciona la construcción de centenares de nuevas escuelas, la edición de centenares de miles de nuevos libros de texto, la preparación de millares de maestros, la organización de diez institutos para capacitación de maestros, de veinte escuelas pedagógicas. Todo esto ha sido creado en un año.

Al Soviet local de Lvov se debe la siguiente estadística para el distrito de Lvov:

Hospitales.	hace 1 año 14	hoy 33
Policlínicas.	hace 1 año ninguna	hoy 27
Ambulatorios.	hace 1 año ninguno	hoy 65
Consultorios femeninos. . .	hace 1 año ninguno	hoy 38
Jardines infantiles.	hace 1 año ninguno	hoy 12
Dispensarios.	hace 1 año ninguno	hoy 10

Se trata solamente de un distrito de la antigua Ucrania Occidental; pero en los otros distritos el balance es el mismo. Hoy existen en Bielorusia Occidental 52 estaciones sanitarias (antes ninguna), 32 dispensarios, 112 estaciones de socorro (antes ninguna), 355 clínicas y ambulatorios, 260 hospitales, de los cuales 115 están en las aldeas. Hay, además, 40 consultorios infantiles, 24 cocinas de productos lácteos, jardines infantiles para más de 900 niños, casas de maternidad con 600 plazas. En siete ciudades se construyen nueve hospitales. Todos los trabajadores reciben gratuitamente ayuda médica y asistencia en los hospitales. La República Soviética de Bielorusia ha asignado en el presupuesto de 1940, sólo con destino a los

distritos occidentales, 110 millones de rublos para gastos de sanidad. En Ucrania Occidental hay 106 nuevos hospitales, 20 casas de maternidad, 331 policlínicas y ambulatorios, 108 jardines infantiles.

La supresión total del paro, el derecho general al trabajo, a la enseñanza y al reposo fueron las bases principales para el desarrollo de la cultura nacional. Los hombres se dispusieron con toda energía a liquidar su analfabetismo. En Ucrania Occidental estudian... 440,000 personas. En Bielorusia Occidental, estudian 75,000 personas; de ellas 21,000 liquidan su analfabetismo. En Bielorusia Occidental existen 227 escuelas nocturnas para adultos.

La sed de lectura se convirtió en una preocupación de cada día. No se han podido abrir las suficientes bibliotecas y salas de lectura. Según datos incompletos, hoy existen en Bielorusia Occidental 692 salas de lectura y 80 bibliotecas con más de un millón de libros (para cinco millones de habitantes). A esto hay que añadir cerca de 100 hogares de cultura e innumerables "clubs" en la ciudad y en el campo. En Ucrania Occidental aparecen 63 periódicos; en Bielorusia Occidental, 33.

En los primeros días después de la liberación de Lvov, apareció ante el nuevo Rector de la Universidad el profesor Parnas, fisiólogo muy conocido en el mundo de la ciencia internacional, y pidió ayuda para sus ayudantes que estaban a punto de morir de hambre. También andaba mal el trabajo en los laboratorios; faltaban los elementos para las instalaciones y para los trabajos de investigación.

—Usted recibirá los elementos necesarios— contestó el nuevo Rector—. Haga un presupuesto para la instalación de nuevos laboratorios. Usted recibirá, no solamente estos nuevos laboratorios, sino todo un instituto científico de investigación. Lo principal es que usted trabaje y que siga impulsando la ciencia hacia adelante.

Este ofrecimiento del Rector soviético no era ninguna promesa vacía. La actual Universidad "Ivan Franko" de Lvov es un gran centro científico de Ucrania Occidental. Con el nuevo nombre, la Universidad ha logrado también un nuevo contenido, un contenido soviético. Las cinco facultades ajustaron su programa de estudios con arreglo a los planes soviéticos. En las facultades de Derecho, Historia y Filología ha empezado ya la enseñanza en lengua ucraniana. En las otras dos facultades (Física-Matemáticas e Historia Natural), las lecciones se dan en ucraniano y en polaco. A la cabeza de la Universidad están los académicos Studinski, Wosniak, Kolessa y los profesores Polianki, Pasternak, Simovitch, Svenzcki y otros. También la parte progresiva de los profesores polacos continúa explicando su cátedra como el profesor de Matemáticas Banach, el profesor Tokarski y el profesor Loria. Lo que ha cambiado por completo es la población estudiantil. La afluencia de jóvenes obreros y campesinos a la Universidad es enorme. Por ejemplo, en una semana llegaron, para 200 plazas libres en la facultad de Medicina, 2,000 solicitudes, y, ante el anuncio de que el número de estudiantes sería aumenta-

do en vista de la gran afluencia, llegaron inmediatamente 6,000 nuevas solicitudes de jóvenes ucranianos. Una gran parte de los estudiantes reciben becas del Estado. De los 2,741 estudiantes matriculados en la Universidad de Lvov, 544 son hijos de obreros, 501 hijos de campesinos, 1,117 hijos de empleados y 234 hijos de artesanos.

También funciona con éxito la sucursal en Lvov de la Academia de Ciencias de la República Soviética de Ucrania. La sección de literatura ha comenzado a preparar la edición de las obras completas del poeta ucraniano Ivan Franko; la sección de "folklore" trabaja en la ampliación del Museo Etnográfico y en la edición de una antología del "folklore" ucraniano. Los colaboradores de la sección arqueológica y de la sección económica han emprendido el primer viaje de exploración. El Poder Soviético no escatima los medios para las investigaciones científicas.

El arte nacional ha adquirido un ascenso enorme en los territorios liberados. En Ucrania Occidental, funcionan 16 teatros, 226 cines y 21 museos. En Bielorusia Occidental, existen 6 teatros y hay 3 en construcción. A esto se añade: una filarmónica, una orquesta sinfónica, un "Conjunto de canciones y bailes", 4 escuelas de arte, 8 museos y 100 cinematógrafos. Sólo para el desarrollo de la red cinematográfica, el gobierno soviético ha asignado 5 millones de rublos.

Si se quiere dar una forma plástica a estas cifras, podemos citar el ejemplo de la vida artística de hoy en la ciudad de Bielostok. Desde la incorporación de la región occidental a la República Soviética de Bielorusia, han sido organizados allí: un teatro polaco, bajo la dirección del director Wengerko; un teatro polaco de variedades, un teatro judío, un teatro judío de variedades; una orquesta de "jazz" (30 músicos); una orquesta sinfónica (50 músicos) bajo la dirección de Shaievioz, que dirigió en los últimos tiempos la orquesta sinfónica de Varsovia; un teatro bieloruso y un gran coro bieloruso. Además, se ha abierto una academia de violín y piano, para la cual se presentaron inmediatamente 750 candidatos. La afluencia fue tan grande, que hubo que abrir dos escuelas musicales más. La filarmónica del Estado agrupa hoy a 200 artistas.

Hasta en las pequeñas aldeas se pueden constatar estas transformaciones enormes. En septiembre de 1939, los soldados rojos entraron en el pueblecito fronterizo de Stolpce. Después de contestar al primer aluvión de preguntas sobre la vida en la Unión Soviética, uno de los soldados rojos preguntó, a su vez, a un vecino de Stolpce:

—¿Hay algún cine en Stolpce?

—¿Qué? Usted se burla. En Stolpce jamás ha habido cine.

—¡Qué lástima! Pero ¿puede que haya un club?

—No; eso tampoco. Nosotros no estamos en Varsovia.

—¿Y hay escuelas?

—“Allí hay una... escuela” — dijo el vecino e indicó una casita derruida que albergaba la única institución de enseñanza en Stolpce.

Pero hoy hay en Stolpce: un gran club, que es el centro cultural de la ciudad; un cinematógrafo, en el que ya se han proyectado treinta películas soviéticas; algunas escuelas primarias y secundarias, un diario, una biblioteca pública, una escuela de capacitación para maestros, etc.

Sin ningún obstáculo, se ha desarrollado ampliamente en los territorios liberados el arte de los aficionados. Los trabajadores no quieren limitarse a admirar las obras artísticas; también las quieren crear por sí mismos. Ha nacido un gran número de círculos teatrales, de coros, de conjuntos de baile, de orquestas a base de aficionados. Hoy existen en Ucrania Occidental 4,822 grupos de aficionados al arte con un total de 120,000 miembros; en Bielorusia Occidental, su número es parecido. Las casas del arte popular proveen a estos grupos de material adecuado, les envían educadores expertos, les orientan sobre el camino a seguir. Ya se han efectuado pruebas del arte de los aficionados.

Se podrían citar así hechos tras hechos, cifras tras cifras. Ha pasado solamente un año desde la liberación de Ucrania y de Bielorusia Occidental; nada más que un año, y, sin embargo, es toda una época. Todavía queda bastante por hacer, muchas tareas no están resueltas más que a medias, mucho se halla aún en los comienzos. Pero los primeros resultados son magníficos.

La escritora polaca Wanda Vasilievskaja resume estos resultados con las palabras siguientes:

“La tierra a los campesinos, las fábricas a los obreros, a los intelectuales la posibilidad de un trabajo creador; todo esto lo ha traído el Poder soviético al pisar la tierra de la antigua Ucrania Occidental y de la Bielorrusia Occidental. Nos ha traído la dignidad humana, la posibilidad de una evasión de la vida monótona y estrecha, la posibilidad de una participación activa en el grandioso avance histórico. Se crea y se construye un nuevo mundo, florece un mundo de justicia y de verdad, el mundo del hombre libre, el mundo del hombre feliz”.

P. WIEDEN

Las Transformaciones del Socialdemocratismo

"Es imposible terminar con el capitalismo sin haber acabado antes con el socialdemocratismo en el movimiento obrero" —escribió el camarada Stalin el año 1927 en su artículo: "El carácter internacional de la Revolución de Octubre".

El socialdemocratismo no es ninguna ideología proletaria, sino una ideología burguesa. Los conceptos de la clase dominante penetran y se infiltran bajo millares de formas en toda la sociedad burguesa, encuentran eco en la opinión pública, en los principios de la educación y en la forma de la vida, en los juicios y prejuicios no sólo de la clase gobernante, sino también en las amplias masas populares. Para romper estos lazos, para escapar a las influencias ideológicas de la clase que domina en todos los medios de la economía, del Estado, de la propaganda, es indispensable poseer un alto grado de conciencia, de firmeza y de tesón revolucionario. Únicamente a base de sus propias experiencias y con ayuda de su vanguardia revolucionaria, el proletariado aprende paulatinamente a establecer la contradicción entre sus intereses y los conceptos reinantes, a penetrarse de su **propia** ideología, del **marxismo-leninismo**, a reconocer su misión histórica como dirigente de los pueblos en el camino hacia un mundo nuevo. La superación de las teorías ajenas, de las opiniones y los sentimientos burgueses en las propias filas, es una premisa indispensable para el triunfo de la clase obrera.

El socialdemocratismo es **el reflejo ideológico de la adaptación al sistema capitalista, a la burguesía**, que se realiza con motivos diversos y bajo distintas formas. Los capitalistas, sobre todo en los países donde obtienen superganancias a base de la explotación y del pillaje de los pueblos coloniales, ha permitido que una parte de la clase obrera participe en esas superganancias y con ello han creado una aristocracia obrera. En todos los sitios donde la socialdemocracia está representada por un partido fuerte, ha nacido una amplia capa de funcionarios que administran diversas empresas, que ocupan puestos como parlamentarios, como alcaldes, etcétera, y que han asimilado las costumbres burguesas. La participación en los gobiernos burgueses, la penetración paulatina en el aparato administrativo, municipal y estatal, ha ofrecido espléndidas oportunidades para corromper, en mayor o menor grado, a una capa de obreros, para reconciliarlos con el Estado burgués. Pequeños burgueses de toda clase, fondistas, abogados, funcionarios, etcétera, han logrado desempeñar un papel considerable en los partidos social-

demócratas y han creado una atmósfera enrarecida. Por otra parte, toda una serie de funcionarios ha conocido de cerca el capitalismo y se ha dejado sugestionar por las comodidades de una vida diferente, por las formas agradables de la vida burguesa. Más aún: estos hombres han podido ver el enorme y complicado engranaje del capitalismo, han visto la gran potencia del sistema dominante y han perdido cada vez más su confianza en la fuerza y en la capacidad de la clase obrera, para romper este mecanismo, para gobernar por sí sola, para instaurar un mundo nuevo. De este modo, la burguesía, por medio de favores económicos y de complacencias baratas, se halla en condiciones de atar a capas influyentes del movimiento obrero, de adularlas con ofrecimientos personales, de imponerse a ellas con su poder social.

Esta adaptación de los círculos dirigentes socialdemócratas a la burguesía no se ha efectuado de la noche a la mañana, sino en un largo proceso. Y esta **transformación de los representantes de la clase obrera en sirvientes de la burguesía**, tan profunda como imperceptible, tuvo su efecto sobre las masas. El rápido crecimiento del movimiento obrero en los tiempos relativamente apacibles de antes de la primera guerra imperialista, constituía, en sí, el terreno indicado para la siembra de ilusiones. Por su organización, por la formación de su consciencia de clase a base de las obras inmortales de Marx y Engels, la clase obrera se había convertido en un considerable factor potencial. La burguesía se vió obligada a hacer concesiones, sobre todo a los sindicatos. El proletariado sentía su fuerza, veía sus éxitos, conquistaba por primera vez un prestigio social. Los oportunistas deseosos de la adaptación explicaron este desarrollo en el sentido de que era posible mejorar la situación de la clase obrera por vía pacífica, sin revolución y sin guerra civil, en el sentido de que también sería posible reconstruir el capitalismo por medio de reformas pacíficas para transformarlo finalmente en el socialismo.

Sobre esta base, se desarrolló el **revisionismo**, primera exposición sistemática del socialdemocratismo. El revisionismo era la expresión de los cambios introducidos en una capa dirigente, relativamente amplia, del movimiento obrero, y de las ilusiones entre las masas, sobre todo de los obreros organizados sindicalmente. Al mismo tiempo, era la ideología que se ajustaba a las necesidades de la burguesía en ese momento. El capitalismo no estaba todavía condenado a muerte, sino confiado y seguro de su fuerza. El ascenso de la técnica, de la industria, del comercio mundial, incrementó la necesidad de los capitalistas, de obreros inteligentes, calificados y progresistas y, al mismo tiempo, les facilitó la manera de hacer concesiones a estas capas obreras. La burguesía no podía seguir considerando a la clase obrera como algo inferior y aspiraba a ganar para su causa a partes influyentes de la clase obrera con las falsas

perspectivas de un desarrollo pacífico hacia una vida cómoda y segura. El socialdemocratismo de aquel tiempo no era otra cosa que un fiel reflejo de todos estos deseos, de todas estas necesidades del capitalismo.

Pero la primera salida abierta del oportunismo encontró resistencia en los partidos socialdemócratas. Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, se opusieron de manera consecuente al oportunismo en defensa del marxismo, que Lenin y Stalin seguían desarrollando creadoramente. Sin embargo, había también gente como, entre otros, Kautski, que defendieron **formalmente** las enseñanzas de Marx y Engels, pero que relegaron al olvido sus ideas **fundamentales**, la dictadura del proletariado, y hablaban de la revolución solamente en las reuniones y en los artículos conmemorativos. En agosto de 1914 se demostró inequívocamente hasta dónde la burguesía había conseguido ganar también a estos dirigentes. El oportunismo mostró entonces su verdadera fisonomía socialchovinista, su apoyo descarado a la guerra imperialista al lado de la "propia" burguesía.

*
* . . *

La adaptación en los **hechos** a la burguesía y la adaptación en la forma a los sentimientos y a las tendencias de las masas: he aquí la esencia íntima del oportunismo, que, después de la fundación de la Internacional Comunista, se convirtió en la ideología absoluta de la II Internacional, en la ideología del socialdemocratismo.

Vemos, pues, al socialdemocratismo, en los años posteriores a la primera guerra mundial, adaptado **exteriormente** a las masas puestas en marcha; pero, por su contenido, adaptado completamente a la burguesía. Las masas maldicen la guerra: entonces, el socialdemocratismo se presenta integralmente pacifista. Las masas exigen el derrocamiento de los culpables de la guerra: entonces el socialdemocratismo carga sobre un par de monarcas toda la responsabilidad de la guerra. Las masas desean la instauración de una sociedad socialista: entonces, el socialdemocratismo habla de vagos e irrealizables "planes de socialización".

Estos son los signos exteriores. Pero el contenido quiere decir: **salvación del capitalismo**. En el primer plano del socialdemocratismo, se encuentra la glorificación de la democracia burguesa en la lucha contra la revolución proletaria. Es la contrarrevolución, que, cubierta con la ropa de la democracia burguesa, toma sus medidas. El asesinato de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, el aplastamiento de la dictadura de los Soviets en Baviera y Hungría, el armamento de los guardias blancos contra los obreros revolucionarios, la intervención militar contra el joven Estado soviético: todo esto sucede "en nombre de la democracia". El socialdemocratismo, según la frase de Otto Bauer y otros líderes socialdemócratas

se ve obligado a "recoger el estado de ánimo de las masas trabajadoras". Aquí sitúa en primer plano "el restablecimiento del orden", allí se presenta como "revolucionario"; aquí saluda el terror blanco, allí simula "simpatía" con las tendencias socialistas de las masas; aquí habla con la boca del cañón, de las ametralladoras; allí habla con la boca de un elegante orador. Todos estos diversos métodos sirven al mismo objetivo: la salvación del capitalismo. El socialdemocratismo, en todos sus matices, ha sido siempre **la ideología de la salvación del capitalismo en el período de su convulsión más grave.**

La estabilización provisional del capitalismo hasta el comienzo de la crisis de 1929 encontró nuevamente su reflejo ideológico en el socialdemocratismo. Las palabrerías del "capitalismo organizado", se pudieron oír ya durante la guerra mundial, prevalecían ahora como una ilustración a las palabras de Goethe: "el barro pisado se ensancha y no se refuerza". Los himnos triunfales del capitalismo sobre los "milagros de la economía", sobre el "capitalismo libre de la crisis" se convirtieron en el evangelio del socialdemocratismo. La racionalización capitalista, la explotación reforzada, fueron glorificadas como "un paso hacia el bienestar general de las masas". Se anunció la colaboración armónica de todas las potencias imperialistas para la realización de "una economía mundial organizada". En estrecha relación con todo ello, cada día y cada hora se predecía "el derrumbamiento de la Unión Soviética". El socialdemocratismo se emborrachaba con la confrontación entre el "desarrollo pacífico" del mundo capitalista y la lucha abnegada de los trabajadores que, en una sexta parte del globo terrestre, instauraban y afirmaban el socialismo. Sangrientos combates de clase, como los del 15 de julio de 1927 en Austria, fueron recibidos únicamente en calidad de perturbaciones pasajeras e incómodas; las guerras en Marruecos, en Siria, en América del Sur, en la Manchuria, eran, para el socialdemocratismo, pequeñeces que no alteraban el panorama total de un capitalismo "pacífico, progresivo, organizado". Y, repitiendo las divulgaciones económicas y políticas sobre la solidez del capitalismo, el socialdemocratismo asimiló un puñado de teorías burguesas en boga: desde la teoría de la utilidad aduana hasta el nuevo kantismo, desde el empiriocriticismo hasta el psicoanálisis, no hay ni un solo desperdicio ideológico de la burguesía que el socialdemocratismo no haya recogido y entremezclado en su ecléctica sopa de mendigo.

*

* *

La gigantesca **crisis económica mundial** que comenzó el año 1919 destruyó, junto con los "milagros de la economía yanqui", también las teorías fundadas sobre ellos por el socialdemocratismo. Es

verdad que los lacayos "socialistas" emprendieron, ciertamente, intentos desesperados para descubrir "tendencias progresivas" incluso en el derrumbamiento económico; característica de estos esfuerzos fue, por ejemplo, la afirmación audaz de Otto Bauer de que la quiebra del Banco de Crédito de Viena y su "saneamiento" a costa de los contribuyentes trabajadores constituía un paso hacia el "capitalismo de Estado", una etapa en el camino democrático hacia el socialismo. Pero estos desafortunados saltos de circo no podían engañar a la larga sobre la catástrofe, y, por ello, el socialdemocratismo planteó en primer lugar la tarea, como "médico de cabecera del capitalismo enfermo", de ayudar al podrido sistema capitalista y superar la crisis. Mientras el capitalismo aparecía sano y fuerte, la clase obrera no debía tocarlo precisamente porque estaba tan sano y tan robusto. Y ahora tampoco se debe tocarlo porque se consume en una fiebre agotadora, porque su debilidad es tal, que debe ser rodeado de toda clase de cuidados y atenciones. Como quiera que se tire al gato, siempre cae de pies. Como quiera que se plantee la situación, el socialdemocratismo encuentra siempre un pretexto para impedir la lucha contra el capitalismo.

El socialdemocratismo seguía embelleciendo e idealizando la llamada democracia burguesa; pero, al mismo tiempo, comenzaron a nacer en su seno **nuevos conceptos** que reflejaban un **reagrupamiento en el campo de la burguesía**. Los círculos más reaccionarios e influyentes del capital financiero pasaron en una serie de países a sustituir las formas democrático-burguesas de dominación por formas "autoritarias" de dominación, por formas terroristas, y a prepararse para la guerra por el nuevo reparto del mundo. Estas tendencias se hicieron notar también en los nuevos matices del socialdemocratismo. En este tiempo, surgió en Francia el llamado "neosocialismo", en Bélgica el llamado "planismo", en Alemania y en otros países el llamado "socialismo nacional". En todas estas tendencias, que nacionalmente sonaban de forma diversa, se podían encontrar las mismas consignas reaccionarias. Más o menos abiertamente, el marxismo fue señalado como "superado". Se abrió una cruzada ideológica contra la teoría revolucionaria del marxismo. La lucha de clases fue condenada como una "equivocación fatal". Fueron lanzados por la borda los conceptos de "clase", "consciencia de clase", "proletariado". Frente al internacionalismo proletario fueron alzadas las "particularidades nacionales", únicamente de las cuales podía nacer un socialismo nacional. Se propuso una "economía planificada" como una etapa previa del socialismo. Se extrajo nuevamente la teoría antimarxista, revisionista, de Lasalle sobre el Estado, en el sentido de que el Estado burgués está llamado a conciliar los intereses de clase y a instaurar el socialismo desde arriba; para esto, es necesario reforzar en todos los órdenes la autoridad del Estado. No hay que ver lo fundamental de la transfor-

mación socialista en las correlaciones materiales, sino en la "renovación interna" del hombre, en la "superación del egoísmo", en la "conciencia de la dignidad del trabajo", etc. Se trata de defender la "cultura occidental" contra las "ideas orientales", contra el bolchevismo; se trata de garantizar la hegemonía de las naciones europeas. Estas nuevas formas de la socialdemocracia fueron en sí un filón ideológico para los lugartenientes del capital financiero que se disponían a destruir todos los derechos y todas las libertades democráticas con vistas a la guerra imperialista.

El hecho de que el socialdemocratismo tomase este color sólo en algunos sitios y no en su totalidad, correspondía a su situación dentro del capitalismo. Círculos influyentes de la burguesía, sobre todo en los Estados "vencedores", consideraron desventajoso demoler de golpe la fachada democrática de la dictadura burguesa, consideraron como más útil restringir paso a paso los derechos y las libertades democráticas de los trabajadores. El socialdemocratismo se adaptó en lo fundamental a esta tendencia en el campo de las clases gobernantes. En lugar de llamar a la clase obrera a una defensa audaz y consecuente de las libertades democráticas, se manifestó por una "restricción sabia" de la democracia, por una "retirada voluntaria" a fin de no "irritar" a la reacción, por el reconocimiento de las "necesidades del Estado", por la renuncia a toda lucha, etc. Al mismo tiempo que entonaba melodías nacionalistas, forzó la campaña contra la Unión Soviética, agudizó la lucha contra los comunistas, para demostrar a la burguesía que la socialdemocracia es un pilar contra el bolchevismo, mejor que los nuevos partidos hacia los que se orientaba el capital financiero. Es decir, el socialdemocratismo se acreditó nuevamente como la sombra de la burguesía en el movimiento obrero.

Por cuanto la burguesía no tiene una línea única, su sombra, —el socialdemocratismo—, tampoco podía tenerla. Pero sus diferencias de matiz se fundaban sólo sobre divergencias **tácticas**. En las **cuestiones fundamentales**, en la sumisión de la clase obrera a la burguesía, en la negación de la lucha de clases, en la defensa del Estado burgués, en la lucha implacable contra los comunistas, en el reforzamiento de la campaña contra la Unión Soviética, en una palabra, en la cuestión de la defensa incondicional del capitalismo contra todas las tendencias y todos los movimientos revolucionarios de las masas trabajadoras, existía plena unidad dentro del socialdemocratismo.

*

*

*

Inmediatamente antes del desencadenamiento de la guerra europea, el socialdemocratismo se encargó de encubrir los preparativos imperialistas de la guerra, de sabotear la unidad de la

clase obrera, de liquidar la lucha de liberación del pueblo español y de apoyar por todos los medios el plan de los imperialistas anglo-franceses de lanzar a Alemania contra la Unión Soviética. En este período, la **"teoría" de la capitulación** ocupó el primer plano del socialdemocratismo. Con todos sus recursos, el socialdemocratismo trató de socavar la fe de la clase obrera en sus propias fuerzas y de imbuir entre las masas el sentimiento de la impotencia y del escepticismo. ¡La lucha no tiene ningún sentido! Los obreros están frente a una fuerza superior, —decían los líderes de la socialdemocracia—. Los obreros serán inevitablemente vencidos si se atreven a oponerse en lucha abierta a la reacción. Fueron aplastados en Austria, sufrirán forzosamente una derrota en España. Por lo tanto, para el proletariado lo mejor es retirarse, resignarse a la idea de que ha llegado la **"época de la contrarrevolución"**. ¿La política internacional? Es una esfera de la burguesía. ¿La resistencia a cualquier agresión? Hay que abandonarla a los estadistas y a los generales de la burguesía. Bajo miles de formas, el socialdemocratismo repitió estos conceptos. Bajo el manto de un pacifismo falso y cínico tendía al desmembramiento del proletariado y ayudaba al mismo tiempo, a los planes bélicos antisoviéticos de la burguesía reaccionaria.

Uno de los rasgos más característicos del socialdemocratismo es su **posición frente a la guerra y la cuestión militar**. Los mismos hombres que saludaron el estallido de la primera guerra imperialista como un ascenso nacional y llamaron a los obreros a entregar sus bienes y su sangre en favor de la "patria" imperialista, no podían darse por satisfechos con lamentar cada gota de sangre vertida en la revolución y con calificar la guerra contra los opresores como una guerra "inhumana". Los mismos hombres que en la guerra imperialista, injusta y criminal, predicaron la necesidad de "aguantar hasta el fin", estallaban en lamentaciones amargas cada vez que los obreros mostraban su decisión de oponerse al enemigo de clase con las armas en la mano y, con una voz de sepulturero, profetizaban que la lucha armada contra la reacción convertiría inútilmente el país en un montón de ruinas. Los mismos hombres que colaboraron en el desencadenamiento de la actual guerra imperialista se declararon "pacifistas" mientras el pueblo español en armas defendía sus libertades, mientras Francia vivía bajo la bandera del Frente Popular, mientras se trataba de mantener la paz por medio de una política de firme resistencia. "Pacifismo", cuando comienza o se prevé una guerra justa, una guerra de liberación; "patriotismo", cuando se trata de resolver las contradicciones imperialistas por medio de la guerra: he aquí, en síntesis, la posición del socialdemocratismo frente a la guerra y la cuestión militar.

Este capitulacionismo enmascarado de "pacifismo" que caracte-

rizaba al socialdemocratismo inmediatamente antes del estallido de la guerra, estaba ligado a un anticomunismo reforzado. La burguesía consideraba indispensable privar a la clase obrera de su dirección revolucionaria antes de que comenzase la guerra, consideraba indispensable separar a los obreros socialistas de sus hermanos de clase, los comunistas, desorientar a los trabajadores, calumniar y denigrar ante los pueblos a la Unión Soviética. El socialdemocratismo se encargó de una gran parte de esta tarea. Junto con la campaña contra los comunistas, el socialdemocratismo se esforzó por descargar de antemano a la burguesía de toda responsabilidad por los acontecimientos bélicos inminentes. A los imperialistas británicos, franceses y yankis les fueron entregados sendos certificados de que hacía mucho tiempo que habían dejado de ser los malos lobos para ser las buenas ovejas. Y, por último, el socialdemocratismo pintó nuevamente el panorama idílico de un reparto pacífico de las fuentes de materias primas y de las esferas de influencia entre las grandes potencias imperialistas a costa de los pueblos coloniales, a costa de la Unión Soviética. Con este aceite maloliente se puso silenciosamente en marcha la máquina de guerra.

*
* *
*

Desde el estallido de la guerra, el socialdemocratismo se mostró abiertamente como la **ideología bélica del imperialismo**. Glorificó sin reservas la guerra de los imperialistas ingleses y franceses como una guerra "por la democracia", por "la liberación de los pueblos oprimidos", por "la instauración de una paz justa y duradera". Fue extraída del archivo la vieja consigna de los "Estados Unidos de Europa". La palabra Europa, en boca de estos predicadores "socialistas" de la guerra, significaba la hegemonía indispensable del imperialismo anglofrancés, la unión de todas las fuerzas reaccionarias para la opresión común de los pueblos coloniales y para la lucha conjunta contra la Unión Soviética. "Ganar a Alemania para Europa" — bajo esta consigna se ocultaba la tendencia a hacer romper el pacto entre Alemania y la Unión Soviética, a orientar a todos los Estados imperialistas de Europa contra las fuerzas del socialismo. De nuevo se atribuía a los hombres fracasados de Versalles la capacidad para "organizar" Europa, de nuevo era glorificado el capitalismo como un sistema que puede dar a los pueblos el bienestar, la libertad y la paz eterna. Los propios imperialistas hablaban sólo en términos muy generales de los objetivos de la guerra; pero sus decoradores "socialistas" pintaban "el mundo de después de la guerra" con los colores más brillantes. El capitalismo se está convirtiendo visiblemente en una especie de socialismo — aseguraban los mercaderes del socialdemocratismo —; apenas se pueden notar ya las contradicciones entre los capitalistas y el proleta-

riado; se efectuará ininterrumpidamente la conciliación de todos los intereses; falta solamente el triunfo, y el nuevo orden social se presentará completamente listo.

No es ninguna casualidad que la propaganda de guerra del socialdemocratismo asimilase los mismos temas que la propaganda de guerra de las dos potencias beligerantes. Como objetivo principal de la guerra, ambas potencias plantearon la "organización de Europa", la garantía de la paz por medio del predominio indispensable de uno u otro grupo de potencias imperialistas. Se habló de una "revolución social", ciertamente sin lucha de clases, sin supresión de la propiedad privada de los medios de producción, sin destrucción de las bases del capitalismo. Se anunció la "liberación de los pueblos" del yugo de los otros imperialismos. El capitalismo se vió obligado a forzar la demagogia hasta su grado más alto, para orientar por un camino falso las tendencias pacifistas y anticapitalistas de las masas, para aprovecharlas en beneficio de la guerra.

*
* * *

El derrumbamiento de Francia y de su llamada "democracia" burguesa, la monstruosa traición nacional de la burguesía francesa y sus lugartenientes socialdemócratas, han estremecido al socialdemocratismo hasta en sus cimientos. Pero sería un grave error considerar liquidado el socialdemocratismo, sería un error peligroso no ver que sigue teniendo una considerable influencia sobre amplias masas.

Es verdad que, a primera vista, se obtiene un cuadro contradictorio. Puede parecer que el socialdemocratismo ha dejado de existir como la única ideología burguesa en el movimiento obrero, que se ha descompuesto en diversas doctrinas incompatibles entre sí. Vemos, en Inglaterra y en Suecia, un socialdemocratismo que repite sus viejas consignas. Vemos, en Francia, en Bélgica y parcialmente también en otros países hoy ocupados, un socialdemocratismo personificado por Belin, Spinasse, Deat, Henri de Man y otros traidores, que reniegan de las viejas formas más o menos "democráticas" de la burguesía y se manifiestan abiertamente por las formas "autoritarias", por la franca dictadura del capital financiero, que aprueban el llamado "nuevo orden de Europa" y que glorifican el desarrollo de la guerra imperialista como una supuesta "revolución europea". Vemos, en Suiza y en algunos otros países, un socialdemocratismo que predica la "renovación de la democracia" por medio de la restricción de los derechos y de las libertades democráticas y ve su ideal en un sistema "autoritario-democrático".

Pero la diversidad de este panorama no puede ocultar el hecho de que las diversas **formas** del socialdemocratismo tienen, como base, la misma **substancia**.

En todos los países, el socialdemocratismo reniega de la lucha de clases, anuncia la "unidad nacional" entre los capitalistas y los obreros. El socialdemócrata finlandés de la oposición, Karl Wilk, constata con plena justeza en una carta que el **Socialdemokraten** de Suecia publicó bastante extractada el 27 de agosto de este año:

"En el transcurso de un año, se ha hablado de la unidad en la política nacional. Pero, en realidad, esta unidad significa la sumisión de la clase obrera a la dirección burguesa. No solamente la clase obrera ha sido obligada a hacer sacrificios materiales sino, lo que es peor, han sido pisoteados los principios y las convicciones de la clase obrera... Se ha estado anunciando que la unidad general es un deber nacional, hasta que, al final ha habido que confesar que es la clase explotadora quien se aprovecha de esa unidad antinatural".

Esta característica sirve para el socialdemocratismo de todos los países. De hecho, el llamamiento del ministro laborista inglés Bevin a los obreros en el sentido de que hagan los mayores sacrificios y de que colaboren con los patronos ¿en qué se diferencia de la declaración del ministro "socialista" francés Belin en la "**Despache de Toulouse**" del 29 de julio?:

"Nuestra tarea principal consiste en la creación de la unidad en el trabajo, en que hagamos sentir a los obreros el espíritu nacional, en que les llevemos a la colaboración con los patronos. A estos últimos les rogaremos que efectúen una mayor justicia social".

¿Y en qué se diferencia de estos dos programas la fórmula del socialdemócrata suizo Grimm: "Hay que ganar la confianza del pueblo por medio de la liquidación de los intereses de grupo y de casta"? ("**Arbeiter Zeitung**" de Basilea del 23 de julio).

La resolución aprobada por el Congreso de los sindicatos belgas, a propuesta de Henri de Man, y que ha sido publicada en el periódico **Oeuvre** del 2 de septiembre, demuestra lo lejos que se ha ido ya en este proceso:

"La guerra, que nos sorprendió, ha llevado a un nuevo orden en Europa. Debemos colaborar lealmente en la reorganización del país y en la resurrección del pueblo, para que pueda ocupar un puesto digno en este nuevo orden de Europa. Por lo tanto, los funcionarios dirigentes de los sindicatos declaran que ellos quieren también, como en Man, unir todas las fuerzas constructivas del pueblo en un gran movimiento que se ponga al servicio de los intereses nacionales y termine, a este propósito, con toda política de partido. Consideran que los fenómenos de la lucha de clases, que son una consecuencia de la economía liberal y capitalista, deben ser sustituidos en nuestro país por un orden social y económico en que las organizaciones sindicales, por encargo de todo el pueblo y bajo el control del Estado, determinen las condiciones de trabajo y regulen la producción. En espera de que nuestra acción en favor de este nuevo orden nos dará la posibilidad de crear, en lugar de los actuales sindicatos, un frente único de los obreros so-

bre bases corporativas, nuestras organizaciones tendrán actualmente las siguientes tareas: 1.—El cobro de las cotizaciones; 2.—Consultas jurídicas; 3.—La representación de los intereses obreros en las comisiones paritarias que existen y en delegaciones análogas; 4.—La educación de todos los miembros en el espíritu del nuevo orden social al que tendemos, así como en el espíritu de los derechos y los deberes de los trabajadores’.

De este modo, se reniega de todas las tradiciones sindicales, y los sindicatos se convierten exclusivamente en soportes del sistema capitalista y de las autoridades de ocupación.

En todos los países, el socialdemocratismo exige la **sumisión de la clase obrera a la burguesía**, la renuncia a los intereses del proletariado, que coinciden con los intereses de la mayoría aplastante de la nación.

En todos los países, el socialdemocratismo reniega del internacionalismo proletario, recomienda a los obreros que antepongan los intereses de la guerra de su propia burguesía a los intereses del proletariado internacional.

En todos los países, el socialdemocratismo condena la lucha contra la guerra y contra los culpables de la guerra, se esfuerza por convencer a los obreros de que las causas de la guerra no tienen su origen en el capitalismo, de que el capitalismo podrá traer una paz justa y duradera.

En todos los países, el socialdemocratismo intenta entenebrecer la esencia del socialismo y dar al sistema capitalista "rasgos socialistas". Mientras que calumnia desvergonzadamente el socialismo realizado sólo en la Unión Soviética, glorifica la economía de guerra capitalista como una etapa hacia el socialismo.

En todos los países, el socialdemocratismo es anticomunista y antimarxista.

Y, finalmente, — y este es, precisamente, el centro del que salen todos los demás conceptos y sobre el que gravitan —, en todos los países, el socialdemocratismo niega la fuerza y la capacidad de la clase obrera para tomar su suerte en sus manos, para realizar su propia política revolucionaria, para colocarse a la cabeza de los pueblos y poner fin a la guerra y a sus causas. Es de una importancia decisiva para la burguesía que la clase obrera no conozca su propia fuerza, que no comprenda qué papel puede jugar, qué potencia grandiosa despliega cuando se halla estrechamente unida. Y el socialdemocratismo constituye la **ideología** — indispensable para el capitalismo —, **de la automutilación y de la autorregeneración del proletariado.**

Tomemos, por ejemplo, **Inglaterra**. ¿Puede negar alguien que, si la clase obrera inglesa pusiese en la balanza toda su voluntad y toda su fuerza de clase, podría convertir a Inglaterra en un país de verdadera libertad? Hasta los dirigentes laboristas hablan de la tarea histórica de la clase obrera inglesa, bajo la cual no comprenden

otra cosa que la sumisión completa de los obreros ingleses a los imperialistas que defienden su hegemonía mundial. Pero, en realidad, el proletariado inglés se encuentra verdaderamente ante una tarea histórica: si estableciera una unión fraternal con todos los pueblos oprimidos por el imperialismo inglés, podría conquistar una verdadera paz justa, podría conseguir que los acontecimientos mundiales tomaran otro giro. La clase obrera inglesa puede, sin ninguna duda, cumplir esta tarea histórica; pero esto, justamente, es lo que el socialdemocratismo frena e impide.

O tomemos los **Estados Unidos**, donde es verdad que el Partido Socialista no es más que un grupito miserable, pero donde el socialdemocratismo influye sobre grandes sectores de la clase obrera. Si la clase obrera de los Estados Unidos se presentara frente a los imperialistas yankis, como una sola fuerza política con sus reivindicaciones de pan, libertad y paz, tendría una enorme influencia sobre la situación internacional, podría servir de punto de partida para una gran acción en favor de la terminación de la guerra.

En **Francia**, la burguesía traidora y criminal ha arrojado al país a una catástrofe sin precedentes. La enorme culpa de las clases gobernantes y de sus lacayos, la falta de honradez y la incapacidad de todas las camarillas gobernantes, — desde la extrema derecha hasta los "socialistas" —, son tan evidentes, que las masas trabajadoras las maldicen y buscan la fuerza que podría traer la salvación. Esta fuerza, de la que hoy depende el porvenir de Francia, no puede ser otra que la clase obrera, consciente de su victoria y capaz de atraer a su lado a las más amplias capas de los trabajadores. Pero también aquí el socialdemocratismo se esfuerza por enredar todas las cartas, por demostrar a los trabajadores que la burguesía fracasada es la "salvadora" de Francia.

La clase obrera, en cada país y en escala internacional, representa **una fuerza gigantesca**. Pero el socialdemocratismo se esfuerza por impedir que esta fuerza se ponga en movimiento, que se convierta en una energía de acción directa. Muestra a la clase obrera sólo **un** lado del proceso histórico que se efectúa actualmente y emplea todos los medios para ocultar los **otros** lados. Muestra solamente el enorme mecanismo de la guerra capitalista, la reacción de la potencia militar y política, la potencia del individuo frente a estas fuerzas, la división y la debilidad de la clase obrera en muchos países importantes; pero silencia, encubre y niega el aumento de las fuerzas del socialismo, la creciente disgregación del capitalismo, los grandes virajes en los sentimientos y en las convicciones de amplias masas populares, las posibilidades reales que se desprenden de ellos para la lucha y el triunfo de la clase obrera. Predica que es mejor soportar pacientemente los horrores de la guerra y no quiere admitir la idea de que es mucho más conveniente hacer sacrificios por la **propia** causa, por la causa de cada obrero y de todo el

proletariado mundial. Quiere imponer a las masas sólo **un** dilema: el triunfo de uno u otro imperialismo, como si no hubiera también en el mundo **pueblos**, como si no hubiera centenares de millones de hombres que pueden levantarse para poner fin a la guerra a su modo y en su interés.

En este debilitamiento sistemático, en esta desorientación, en esta desorganización sistemática de la clase obrera consiste, — independientemente de todos sus matices —, **la única línea fundamental del socialdemocratismo**. Allí donde la burguesía conserva todavía las formas "democráticas", el socialdemocratismo se adorna también con los colores "democráticos". Allí donde la burguesía pasó a formas de gobierno abiertamente "autoritarias" y terroristas, el socialdemocratismo se pinta con los colores correspondientes. En todas partes, los lacayos visten los colores de su señor. En esto se reconoce al lacayo.

Con esta adaptación completa e incondicional a las necesidades de la burguesía reaccionaria, al capitalismo podrido, el socialdemocratismo se funde más y más con todas las demás ideologías antimarxistas. Las declaraciones programáticas del Partido Laborista van insensiblemente, a través de las construcciones ideológicas de algún Belin o de algún Henri de Man, hasta los sistemas "corporativistas" y "totalitarios", en los que es cierto que la socialdemocracia no desempeña ningún papel, pero donde siguen existiendo los elementos esenciales del socialdemocratismo.

*

* * *

Los acontecimientos de los últimos años y las experiencias que se deducen de ellos han conmovido indudablemente las bases del socialdemocratismo entre las masas obreras. La búsqueda de **nuevos caminos**, que ocupa ahora a innumerables obreros socialdemócratas, se manifiesta en los movimientos de oposición en los propios partidos socialdemócratas y en los sindicatos, en la intervención de líderes socialdemócratas como León Nicole y Karl Wilk. Pero el socialdemocratismo, en sus diversas formas, sigue siendo la ideología que influye sobre amplias masas de obreros y trabajadores. En parte, se alimenta por **viejas tradiciones**, por viejos lazos, por viejas costumbres en los sentimientos y en el pensamiento del hombre. La **autocomprensión ideológica** no marcha al ritmo tempestuoso de los acontecimientos. En el cerebro de cada hombre se conservan obstinadamente las "huellas" de las viejas ideas, que ya no responden a la realidad. No siempre es fácil apreciar con suficiente rapidez todos los cambios sociales y comprender la nueva situación en su importancia exacta. Y, por añadidura, la **reacción**, que pesa como un fardo sobre los sentimientos y las convicciones de los obreros, les impide deducir todas las conclusiones de sus experiencias y

orientarse con decisión hacia los nuevos hechos y las nuevas condiciones. Además, ciertas capas, ciertos grupos de trabajadores se consideran interesados en la conservación del capitalismo gracias a diversas **ventajas** discutibles y, en su mayor parte, solamente ilusorias. El **sentimiento nacional**, justificado por sí mismo, aunque tergiversado y desviado por la burguesía, enturbia la vista de muchos trabajadores. Por **miedo al riesgo de la propia iniciativa**, numerosos trabajadores se inclinan a esperar pasivamente las peores catástrofes en vez de emprender con audacia la lucha por la propia causa con todos sus peligros. El **desdoblamiento interno del pequeñoburgués**, que vacila entre la burguesía y el proletariado, entre el temor y la esperanza oscura, influye también sobre una cierta parte de la clase obrera. El socialdemocratismo apela precisamente a estos elementos vacilantes, a estos elementos indecisos y temerosos. En ellos encuentra los bacilos que propagan la enfermedad.

De esta manera, ante todas las fuerzas decisivas, conscientes, revolucionarias, de la clase obrera se plantea **la enorme tarea de terminar con el socialdemocratismo en el movimiento obrero**. Pero pueden terminar con él solamente si **convencen** a las masas, sobre la base de los hechos y de las experiencias, de que el socialdemocratismo no es otra cosa que la sombra ideológica del capitalismo en el movimiento obrero, y si, al mismo tiempo, dan, en cada situación un **ejemplo** de su audacia, de su firmeza, de su decisión, de su actividad política, que aliente a los obreros, a los trabajadores, que refuerce en ellos las virtudes proletarias de combatividad y de heroísmo, de solidaridad y de iniciativa. La lucha contra el socialdemocratismo es, pues, tanto la causa de una propaganda incansable y paciente como la causa de la defensa diaria, firme, de los intereses inmediatos de los trabajadores, como la causa ejemplar del heroísmo proletario.

Desenmascarar el prototipo capitalista que se oculta bajo las sombras ideológicas del socialdemocratismo, abrir, en la lucha tenaz y enérgica de cada día, **los ojos de los obreros para los grandes procesos históricos, para las grandes perspectivas históricas**, inyectarles **la confianza en sus propias fuerzas** a base de sus propias luchas y, sobre todo, a base de los triunfos del socialismo en la Unión Soviética, arrastrarlos a la lucha con **el ejemplo de la audacia, la decisión y la firmeza bolcheviques**, todo esto es necesario para terminar con el socialdemocratismo en el movimiento obrero y destruir así el juego sangriento del capitalismo.

El Estado y la Revolución.— V. I. LENIN. (Empastado, 122 páginas)	\$ 1.50
El País del Socialismo Hoy y Mañana (Informes y Discursos del XVIII Congreso del P. C. (b) de la URSS). Empastado 522 páginas	4.00
¿Qué Hacer.— V. I. LENIN (Empastado, 208 páginas)	2.00
Problemas del Frente Unico y del Frente Popular.— J. DIMITROF. (Rústica. 256 páginas)	2.50
Informe Sobre el Proyecto de la Constitución de la URSS, precedida del Informe de José Stalin. (Empastado. 88 páginas)	1.00
Sobre el Materialismo Diaéctico y el Materialismo Histórico. JOSE STALIN. (Rústica. 48 páginas)	0.25
Tierras Liberadas. (Ucrania y Bielorrusia).— J. MIRO. (Rústica. 60 páginas)	0.90
El sexagésimo Aniversario de Stalin.— M. KALININ. (Empastado, 102 páginas)	1.25
El Camarada Stalin.— Em. YAROSLAVSKY. (Empastado. 176 páginas)	1.50
José Stalin. Esbozo Biográfico. Redacción del "Instituto Marx-Engels-Lenin", de Moscú. (Empastado. Profusamente ilustrado con diversos cuadros en polieromía. 104 páginas)....	2.00
Lenin.— JOSE STALIN. Un volumen lujosamente empastado e ilustrado	5.00

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

OBRAS ESCOGIDAS

POR V. I. LENIN

La doctrina de Marx, Engels, Lenin y Stalin es un arma poderosa en manos de las masas trabajadoras que luchan por el triunfo del comunismo. Por eso el "Instituto Marx-Engels-Lenin" de Moscú acaba de hacer una selección de la vasta, múltiple y genial obra de Lenin, para ser publicada en cuatro volúmenes, de los cuales el primero ha sido puesto en circulación. Estas obras, incluidas en dichos cuatro volúmenes, exponen las etapas fundamentales del desarrollo histórico del bolchevismo, exponen el marxismo-leninismo en acción.

Tomo 1. Lujosamente empastado, 492 páginas, \$ 4.00

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales Editorial Popular Ediciones Morelos
APARTADO 2352 MEXICO, D. F.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

R E V I S T A M E N S U A L

Precio de cada ejemplar:

En México, 20 centavos

En los Estados Unidos y demás países, \$ 0.10 (dólar)

Pedidos en México a: Fondo de Cultura Popular, S. C., Apartado 2352, México, D. F.

Chile a: D. I. A. P. — Distribuidora Ibero-Americana de Publicaciones. — Moneda 702. — Casilla 13.201. Santiago, Chile.

Cuba a: Editorial Páginas, Apartado 2213, La Habana, Cuba

Estados Unidos de América a: Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York, U. S. A.

Uruguay a: Librería América. Eduardo Acevedo 1450, Montevideo, Uruguay.